

**EDWIN LUGO**

**AQUEL PRIMER AMOR**  
(NOVELA)

Arroyo que arrastras tus ondas  
huyendo entre acacias en flor  
te pido que al punto respondas  
¿De que se alimenta el amor?

Y el céfiro suave que gira,  
muy ledo en las tardes serenas  
responde por el y suspira  
¡Amor se alimenta con penas!

**María Enriqueta**

Un viernes de algún mes de 1990.

Ignoro el motivo pero el viaje por la carretera aunque mucho más rápido, carecía del avasallador encanto que significaba hacerlo en el Ferrocarril Mexicano, el cual a partir de la estación de Esperanza, cuando iniciaba el sinuoso ascenso a las montañas era arrastrado por una locomotora eléctrica que reemplazaba a la de vapor; y cuyo recorrido alimentado por la línea motriz llegaba hasta la ciudad de Córdoba, en la que el convoy volvía a ser impulsado por la tradicional máquina humeante, pasando por las estaciones: Paso del Macho, Soledad, Potrero, Cardiel, hasta su arribo al caluroso puerto de Veracruz. El trayecto electrificado resultaba el más atractivo del viaje, ya que permitía que el pasajero se deleitara con los más maravillosos panoramas, gozando a su vez del atrevido alarde de la ingeniería del siglo XIX, en el cual el tren atravesaba luengos puentes, reptaba en las altas estribaciones de las cumbres de Maltrata, se adentraba en profundos túneles olorosos a humo y a caverna, atravesaba valles elevados y bordeaba cual arriesgado equilibrista por angostos senderos trazados al pie de las murallas de roca, los impresionantes abismos cuyas abruptas honduras hacían detener la respiración; y aunque seducidos por el vértigo del peligro, los ojos intentaban resistir abiertos, aún cuando se calculaban los escasos centímetros que separaban los rieles del voladero oscuro, tenebroso, tumba segura si las ruedas que rechinaban en cada curva, se desviaban un milímetro de la protección de sus guías de acero. Aquello equivalía como asomarse a las tétricas puertas de la muerte, aunque muy al fondo serpentearan las luces rojas y amarillas de la empresa cervecera más grande de Latinoamérica; que alojaba sus chimeneas en el arrebatador paraje conocido como El Sumidero.

Tan estupendo paisaje fue magistralmente trasladado a la tela, nada menos que por el afamado pintor mexicano José María Velasco, indiscutible gloria del arte nacional.

Unos minutos después mientras el tren todavía zigzagueaba simulando un largo reptil, se iba descubriendo a lo lejos, entre velos blancos y cortinajes grises de neblina, acurrucada al pie del cerro de El Borrego, y a unos pasos de las riberas del Río Blanco, la industriosa agrícola y ganadera villa de Orizaba, a 1284 metros de altitud, perennemente custodiada por el coloso más alto del país, el volcán que lleva su nombre y que se yergue nada menos que a 5747 metros de altura y cuya elegante forma cónica, copeteada de nieve se divisa a gran distancia. El majestuoso volcán reverenciado por los antiguos pobladores de origen náhuatl era llamado Citláltepetl, que quiere decir cerro de La Estrella, y es poseedor de un imponente cráter de trescientos metros de profundidad por quinientos de ancho; el coloso aunque hoy aparentemente apagado, vomitó aterradoras erupciones ocurridas en los siglos XVI y XVII y no es extraño que tales manifestaciones hayan contribuido a exacerbar la acentuada religiosidad de los asustados pobladores de la comarca.

Pero en esta mañana inmensamente serena, lejos de las bruscas manifestaciones de la naturaleza, con los ojos atentos a la carretera, mi pensamiento vagaba en pos de las pasadas tormentas del corazón, de un corazón que demasiado joven debió haberse entrenado para sufrir, ya que no para olvidar. Y la vieja inquietud ya conocida, volvió a interrumpir mi paz, se deslizó confianzuda en mi mente, e incrustada en mi estómago, me volvió a dejar la boca reseca.

¡Ah! el pasado es el vértigo insepulto, el cofre que atesora la única hora verdaderamente inolvidable, la imagen terca, cuya tinta rebelde a borrarse me tatuó el alma, imprimiéndome la tristeza de lo bello, el agridulce gozo de la nostalgia, Esa

reminiscencia tenaz llenó las horas de mi soledad, me acompañó en mis días de infortunio, y en justa compensación me hizo conocer demasiado pronto el sublime privilegio de saber amar y de ser querido, ella, la dilecta, ha seguido acompañando mis horas, invadiendo mis días, por más que a veces me haya creído liberado de los recuerdos, tal si mi historia no fuera la de mi vida y mis pies nunca hubieran hollado esta *pluviosilla*, como bautizó a Orizaba, el inmortal novelista Rafael Delgado, cuyos libros románticos, acompañaron mis noches, y se convirtieron en los discretos confidentes de mi más profunda intimidad.

Pronto fueron alejándose las manchas de los hatos de ganado mordisqueando la hierba verde, guiados por el pastor de insustituible báculo, seguido de su respectivo perro ovejero; y en lugar del relincho del caballo inquieto, fueron escuchándose las voces humanas y aparecieron las primeras viviendas urbanas de la ciudad, que yo me pregunté al punto si continuaría igual, como la dejé hace casi cincuenta años; si aún estarían en pie: el templo parroquial y las garitas de Escamela y de San Miguel, si seguiría idéntico el mercado, paraíso de olores y sabores, con su acentuado sabor colonial donde mis aficiones de chiquillo por las golosinas me llevaban a buscar frutas, dulces y pastelillos; y si respetado por la piqueta de la codiciosa modernidad todavía estaría en pie el convento franciscano de San José de Gracia, y adjunto el consabido Colegio Apostólico Guadalupano, donde yo concluí mi enseñanza elemental y mi educación media; y tras de cuyos muros saboree con la zozobante carcoma de la esperanza, el salobre sabor de las primeras lágrimas, aprendiendo también los grandes misterios de la vida: la mujer y el amor; y sus irremplazables compañeros: la pasión y el desengaño, el sueño y el despertar.

-2-

La sonriente mañana orizabeña, sin frío y sin lluvia, me dio la bienvenida. Un hotel nuevo, recientemente construido me albergó. La ducha y un desayuno con fruta fresca y el platillo con el sabor regional acompañado del vaso de leche amarillenta acarreada de algún establo próximo, me devolvieron la vitalidad. Me asomé al magnífico boulevard, inexistente en mis tiempos, y después de andarlo un buen trecho, me di a repasar los callejones de la ciudad vieja, las calles caminadas, los rincones rescatados a la modernidad, el puente sobre el río. Iba a buscar mi pasado, a recoger los pedazos rotos de la vida que se me quedó entre estas piedras, a adivinar en este cielo, el otro, el que tantas veces, lució encapotado, gris, desparramando sobre las torres, cúpulas y tejados, sus gasas de neblina; aunque justo es reconocerlo, también exhibió en múltiples ocasiones el inmenso jade azul que cobijó mis sueños

El paseo me descubrió una ciudad dinámica divorciada de la modorra de aquellos años en que apenas se levantaban las fábricas de hilados y tejidos con su facha de prisiones; hoy en cambio proliferaban las industrias de talabartería, curtiduría, cordelería, procesadoras de café para el consumo nacional y la exportación, distribuidoras automotrices, y tiendas elegantes y yo me pregunté de que tamaño sería la pujante planta hidroeléctrica de Tuxpango que abastece un amplio sector de energía en la zona oriente del país.

Y deambulando con lentitud por el pasado fui descubriendo las inquietudes del presente y hasta los presagios del porvenir, entonces me preguntaba: ¿Por qué había vuelto? ¿Qué buscaba realmente en Orizaba? ¿Qué ocultas motivaciones me habían inducido a reabrir la herida que yo imaginaba encallecida con los años? ¿Qué deseaba más allá de revivir el masoquista recuerdo de un amor imposible, como son todos los verdaderos amores?... ¿Qué pretendía con renovar aquel sentimiento que conmovió mi

espíritu, turbó mis noches, haciéndome a destiempo infinitamente desgraciado, y a no dudarlo tan inmensamente feliz como nunca he vuelto a serlo? ¿Por qué me obstinaba por hacer regresar el tiempo, si el pasado ya no es de nosotros, y el futuro tal vez nunca llegará a pertenecernos? ¿Por qué esa necesidad, si a no dudarlo he vuelto a amar, y actualmente soy un hombre casado, convirtiéndome de pronto en el atrevido explorador, que viene en busca de la savia fecundante que alimentó las florecillas blancas de la inocencia y de la juventud? ¿Por qué ese anhelo enfermizo, de volver a imaginarme enamorado, sin haber tenido tiempo de arrepentirme por haber sido ingenuo?... ¿Acaso es cierto que aquel amor, aquel primer amor, tonto, cursi y amargo, ha sido el único y verdadero en mi vida, el que acaparó mi total capacidad de amar: y mis demás amores, han sido sólo atracciones vanas, afectos incompletos, simpatías, conveniencias? ¡Todo menos que amor!... ¿O es que al segundo tercero o cuarto amor, también se les puede llamar así?

Incapaz de responderme a todas esas preguntas, reconocí que el pasado está más lejos de nosotros que el futuro, que la juventud se quedó más allá de lo que alcanzamos a recordar, y que el mes próximo, aunque no estamos seguros de vivirlo está mucho más cercano, que la inútil evocación.

Y no obstante, mientras oprimo el botón del timbre de la casa de Salvador, mi gran amigo, el mejor amigo de siempre, tiemblo, igualmente que temblaba entonces, cuando había hecho de ella mi Laura y yo con infantil inocencia pretendía erigirme en un Petrarca de pacotilla; y mientras aguardaba a que me abrieran, escuchando las voces y pasos que se acercaban, me recordé: limpio, puro, como recién lavado, y cuando salió a abrirme quién seguramente no sería más que la sirvienta, mientras dejaba ir los ojos por el ya conocido interior de la casa que ahora modificada apenas reconocía, brotó del más recóndito confín de mi cerebro la frase balbuciente:

-Buenos días señora. ¿No está Chava?

Entonces escuché al momento los pasos y las voces apresuradas de Salvador y en cinco segundos se presentó ante mí con los brazos abiertos, la sorpresa alojada en la cara y la desbordante alegría saliéndosele por los ojos, incrustándose en su sonrisa; ¡Era el mismo muchachote optimista que había sido siempre, el mismo amigo de hacía cincuenta años, con el idéntico entusiasmo con que me solía saludar cada mañana, aún cuando apenas habían trascurrido unas pocas horas que nos habíamos visto, y en las que seguramente habíamos agotado todos los temas imaginables de los muchachos.

-¡Chava! ¡Chava! Mi siempre querido y recordado Chava –repetía yo, abrazándole, mientras le preguntaba veinte cosas a la vez, en tanto que él: comedido, atento, me hacía sentar, preguntándome si deseaba beber algo, y si ya había desayunado, si venía dispuesto a quedarme algunos días y por supuesto a alojarme en su casa, y al enterarse de que venía sólo por el fin de semana y ya me había instalado en el hotel, me amenazó seriamente disgustado en ir en ese mismo momento a recoger mis pertenencias, mientras me reprochaba:

-Vienes como un doctor que apenas llega para hacer una corta visita, y ya se está marchando... después de haber cancelado no menos de cinco o seis veces tu viaje, dejándonos como novias de pueblo: vestidos y alborotados, con almuerzos, festejos, amistades invitadas y todos recordándote, deseosos de verte, de saber de tus andanzas por el mundo; y que al final quedaron tremendamente decepcionados, porque el ilustre periodista cuyos artículos y columnas eran leídos aquí con renovado interés y festejados con encomio, nos había vuelto a plantar, dejándonos con las preguntas en la punta de la lengua, ávidos de saber de tus viajes, debates, denuncias, opiniones, entrevistas con tantas personalidades de todo el orbe...

Y entre aquel caudal de preguntas Chava anunciaba. -¡Mamá ha venido el *Manito*!

Y el buen provinciano no paraba de elogiarme, declarando por tercera vez cuanto se me recordaba, inventándose un talento y hasta un renombre, mencionando que en Orizaba hasta se solían recortar mis escritos que luego eran objeto de conversación en la tertulia animada con el delicioso café Cordobés; mientras que yo confuso y avergonzado, trataba en vano de disculparme y hasta desmentirlo, explicándole que mis deseos de venir a abrazarlo se habían vuelto obstaculizados por los compromisos del oficio, que era a fin de cuentas como cualquier otro trabajo que requería tiempo y dedicación, en perjuicio de mis deseos personales; y luego acudiendo a la modestia, aclaraba que mi quehacer no requería ninguna inteligencia excepcional como él suponía, y era sólo el medio de llevar el sustento a mi familia; pero antes de que yo concluyera de explicarle en que consistía realmente mi labor, una voz conocida, como caricia, se dejó escuchar, seguida de unos pasos apresurados ¡Era ella! y ante mis ojos, como surgida de la vara mágica de un encantador, o tal si se tratara de una visión celestial, apareció Leonor, la señora Leo, la mamá de Chava, la mujer de la que estuve y he seguido enamorado toda mi vida.

-¿Pero es que ha venido realmente Eduardito?... –exclamó sorprendida- .porque esa voz no puede ser de nadie más que de él...

Y adelantándose me abrazó con la ternura de siempre, dándome besos en las mejillas, con los ojos aguanosos, y los dedos que alternativamente llevaba a mi cara para reconocirme

-¡Si estás igual! ¡Si eres el mismo de siempre, aunque hayas crecido!....

Y me tocaba el pecho, los hombros, acariciándome los cabellos y luego sentándose a mi lado, repetía:

-¡Qué bueno que has venido! ¡Al fin te has recordado de nosotros!...

Y yo me disculpaba, no había sido olvidadizo ni ingrato, sólo que el trabajo, el implacable trabajo, me había detenido contra mi voluntad y abogaba en mi favor, mis periódicas llamadas telefónicas, las felicitaciones navideñas, mis cartas, aunque breves, siempre presentes en el día de su cumpleaños, y enviadas desde los más lejanos lugares del mundo donde reportaba, en tanto que ella tomándose las manos con cariño me formulaba cien preguntas a la vez... Qué si me acordaba de Orizaba, del colegio, de los maestros, del padre Núñez que ya había fallecido, que si aún escribía versos y los recitaba...y que si me agradaría degustar los platillos regionales, que ahora mismo ella se pondría a preparar para mí, o mi paladar ya sólo apetecía los manjares internacionales de los restaurantes caros que seguramente frecuentaría...

Yo más que verla, bebía su rostro Era a sus años una linda anciana con sus cabellos totalmente blancos, cuidadosamente recogidos, pero con su misma sonrisa, sus preciosos ojos, sus manos aristocráticas, el andar y los movimientos elegantes. Y la encontré bella, tan bella como la vieron mis ojos de chiquillo deslumbrados ante aquella señora angelical, cuya estampa distinguida correspondía a la típica figura de la hermosura lugareña, de la belleza que a Delgado inspiró su "*Calandria*" o su "*Angelina*"...era el hada, la sílfide, la ondina, la ninfa, la que me arrancó el primer suspiro ¡la inolvidable!

Y la inolvidable, con el candor de una niña para quién un juguete representa una sorpresa, abría sus regalos: una mascada de seda China traída de Hong Kong, un perfume francés, un collar de perlas adquirido en Japón, mientras Salvador no menos entusiasta ponderaba mi buen gusto, tres corbatas del almacén *Au Printemps* de Paris, unas mancuernillas con ámbar de Varsovia y un reloj deportivo que adquirí en alguno

de mis viajes a Lucerna Suiza, donde me mandaban a reportear cuando se celebraban los empingorotados congresos financieros internacionales.

¡Ah! ¡Cómo agradecieron y ponderaron mis presentes! Eran poco, por lo mucho que les debía, cuando era interno en aquel colegio de curas, donde el menú y el rezo no variaban mucho.

-3-

A la muerte de papá sobrevinieron males mayores. Al principio fueron las lágrimas, nunca suficientes para llorar a un padre bonachón, generoso, divertido, capaz de ponerse a jugar conmigo y yo diría hasta de actuar como un niño, evitándome la desagradable certidumbre de sentirme solo. Muy distante y envuelto en un secreto ininteligible, con el que se suelen ocultar a los niños las cosas que al pensar de los adultos, aún no están en edad de saber; sorprendí alguna vez a mis padres hablando de la posibilidad de traerme una hermanita, y aunque yo ya cursaba el cuarto año, mi madre muy risueña, me habló de encargarla a París, lugar fantástico del que yo obviamente no tenía ni la menor idea, pero antes de que mi curiosidad acicateada se despertara más allá de lo permitido, mi padre agregó que entonces tendría a mi lado permanentemente una graciosa compañera, con la que podría compartir mis juegos y enseñarla todo cuanto yo había aprendido; no me acuerdo bien de la cara que puse, pero estoy seguro de que no habrá sido precisamente de satisfacción, porque la idea de una chiquilla llorona, por muy llegada de París que viniera la consideraba más como una ingrata compañía, alguien con quién tendría que lidiar, y recordaba las ocasiones en que un matrimonio amigo de mis padres venía a casa con una pequeña que resultaba verdaderamente insoportable, tal era su atroz comportamiento: traviesa, inquieta, gritona, incapaz de permanecer un minuto quieta en un lugar, tocando todo lo que veía y destruyendo ya una figura, un plato o un vaso, colgándose de las cortinas, manchando la alfombra de la casa o incluso los muebles sobre los que derramaba salsa, betún de pastel, tierra acarreada con los pies o las manos con las que había arrancado flores y plantas del pequeño jardín, y no se diga cualquier bebida, fuese café, té o refresco que invariablemente derramaba en el mantel recién almidonado; por si aquello pareciera poco en su amplio repertorio de diabluras, una vez abrió la puerta de la jaula del canario, adoración de mi madre, que huyó inmediatamente, dejándola muy desconsolada, otra ocasión jaló de la cola al inofensivo y manso minino, que sintiéndose lastimado había proferido lastimeros maullidos, corriendo como un desesperado apenas se pudo librar de la intrusa, para esconderse en el más oculto rincón de la casa, mientras lanzaba chispas por sus ojos fosforescentes; y sólo después de que la insufrible criatura se había ido y hubo pasado un buen rato decidió salir de su escondite, seguramente urgido por el hambre.

Pero los anhelos de papá no llegaron a realizarse. Un paro cardíaco inexplicable en un hombre metódico y saludable, quién nunca se había llevado un cigarrillo a la boca y muy de vez en cuando probaba una copa o una cerveza, más por compromiso que por gusto, acabó con él, sin darnos tiempo a mamá Enriqueta y a mí de recuperarnos de la terrible sorpresa. De pronto el estupor detuvo nuestras lágrimas, pero después el pesar se disolvió en un llanto que no se agotó en muchos meses. Mamá bajó cinco kilos, sus ojos y boca se hundieron y el rostro se cubrió de una intensa palidez. Muda y contrita asistió a las nueve misas que se dijeron por el alma de mi padre; y los trámites de la defunción, velorio, entierro, etc., debieron haber sido gestionados por los vecinos

y compañeros de trabajo del difunto, que se fueron retirando poco a poco al grado de que en el último rosario sólo permanecemos rezando una buena vecina, la señora Ibáñez, mi madre y yo.

Por mi parte el deceso originó que yo dejara de asistir a clases por tres semanas consecutivas, y si bien mi madre se negó rotundamente a que vistiera de negro como ella, me prendió en el suéter a la altura del codo un moño negro en señal de duelo.

Cierto es que el maestro y mis condiscípulos me dieron las condolencias sinceramente dolidos, pero de allí a ponerme al corriente había mucha distancia, si bien algún amigo ofreció prestarme sus apuntes y hasta el maestro me dio dos o tres clases particulares. Pasé el año con trabajos, pues mi madre mortificada apenas pudo ayudarme una que otra vez y por mi parte hice lo que mejor pude

-4-

La casa se quedó: triste y descuidada, mamá hacía la compra pensando más bien en que yo me alimentara, pues ella había perdido el apetito y apenas probaba bocado.

Luto y silencio presidieron los meses, mientras yo repasaba mis lecciones o intentaba distraerme relejendo algún libro de los que papá me había obsequiado; unas semanas después mi madre portando un grueso legajo de papeles intentó cobrar un seguro, que nunca me enteré si por fin le fue pagado o no, y a gestionar una pensión que resultó tan corta que nos hubiera sido insuficiente para sobrevivir ni siquiera modestamente. Con pesadumbre refirió a nuestra vecina la penosa situación que atravesábamos, misma que obligó a mamá Enriqueta a ir vendiendo algunos enseres para satisfacer las necesidades básicas, así desfilaron: espejos, cuadros, el piano, unos cuantos muebles y al final hasta la ropa de mi padre.

Una mañana en que me fue servido un desayuno mejor, mamá me anunció haber recibido un giro de mis abuelos maternos, que vivían en lo que aún quedaba de la hacienda de los ancestros, ubicada en los alrededores de Orizaba de donde provenía toda la familia.

Con un retraso de dos o tres años por frecuentes enfermedades infantiles, me inscribí en el quinto grado y un poco más tranquilo, o resignado por la ausencia del ser que tanto extrañaba, me puse a estudiar intentando superar la tragedia que ensombrecía mi casa.

Si bien el socorro repetido nos sacó a flote por algunos meses, un día inesperadamente dejó de llegar el giro, mamá incapaz de hacerle sentir a los suyos que habían contraído una obligación esperó uno y otro mes, hasta que al final mi abuelo Agapito le explicó que el precio del café que cultivaba en su pequeño beneficio había bajado al grado de que era preferible tirarlo, de tal suerte que él y Chepina, mi abuela, estaban imposibilitados de continuar apoyándonos. .

La noticia debió afectar a mamá al grado de que decidió que nos mudaríamos de casa, lo más pronto que fuera posible, cambiando la actual por un departamento. Fue entonces cuando la señora Ibáñez habló con su esposo, empleado de la Secretaría de Hacienda, quién ofreció interceder a favor de mi madre para que trabajara en la dependencia; al principio ella agradeció infinitamente que el amable caballero se prestara a ayudarnos, pero al punto reconoció que estaba muy empolvada, pues hacía diez años que había dejado de trabajar, y el temor de reprobar el examen y hacer quedar mal a quién la recomendaba le quitó el sueño, hasta que el señor Ibáñez le hizo ver que el tal examen era sólo un requisito para determinar el perfil del puesto al que podría acceder; y el cual iba a consistir por lo pronto en la suplencia de un empleado con

permiso, y que sólo después de una evaluación del desempeño de su trabajo, se determinaría si le concederían o no la base.

Un lunes a las 8 de la mañana, mamá Enriqueta estrenó empleo, y el sábado siguiente nos cambiamos de domicilio, que resultó ser un reducido departamento por la colonia Portales. Dos días después yo concluí el 5º. grado, afortunadamente con buenas notas y hasta un diploma, que mi madre no pudo recoger porque no quería faltar a su trabajo al que se abocó en cuerpo y alma pues se trataba de nuestra supervivencia.

Con el anhelo de ganar la plaza, aceptó trabajar horas extra y sólo la veía regresar hasta las nueve o diez de la noche en que muerta de cansancio me cocinaba algo, o abría algunas latas. Tuve que aprender a lavar mi ropa, limpiar la casa y hacerme un par de huevos que al principio me quedaban crudos o quemados. La situación se tornaba angustiada, entonces, seguramente motivada por mi abuelo, mamá decidió ponerme como interno en un colegio de Orizaba, donde podría continuar mi educación, atendido por mis parientes que ya peinaban canas por su edad bastante avanzada.

Entendí las circunstancias y aunque hubiera deseado cambiar mi suerte, una mañana muy temprano, abordamos el Ferrocarril en la estación de Buenavista. Mamá Enriqueta iba silenciosa, y yo enfurruñado. Llegamos por la tarde a Orizaba, yo todavía impactado por la majestuosa belleza del paisaje, mi madre medio arrepentida por la decisión de separarnos y ambos con sed y hambre; mi abuelo nos estaba esperando en la estación y nos llevó a comer a una fonda cercana.

La comida fue parca y silenciosa, pues debíamos apurarnos, ya que el colegio cerraba sus puertas a las ocho de la noche. Asustado por la terrible soledad que me esperaba hice el último esfuerzo de resistirme, pero mi abuelo ofreció que pasaría en lo que llamaba su hacienda de *El Herradero* cada fin de semana; entonces haciendo acopio de ánimo, acepté cumplir lo que mi madre llamó la voluntad de Dios.

-5-

Agapito nos llevó al Liceo Guadalupano. Se trataba de una muy antigua construcción, a la que se le habían añadido como pegotes mal ensamblados construcciones que adiviné al momento, debieron habilitarse como aulas, oficinas y al fondo el despacho del director. El colegio resultaba más religioso que laico, aunque estaba incorporado y sujeto por lo tanto a la inspección escolar, así como al cumplimiento de los reglamentos y disposiciones gubernamentales en materia de educación. Era exclusivo para varones, y admitía alumnos externos, medio internos e internos.

Aquel sábado por la tarde, había cierta animación en las calles, principalmente en las aledañas al centro de la ciudad, no obstante el descuidado jardín que rodeaba las instalaciones del centro educativo se me figuró de pronto triste, sombrío, y solitario, aunque tras de los vidrios de los altos ventanales asomaron las caras sonrientes de algunos muchachos de mi edad y en algún ángulo al fondo del jardín, otro grupo de chicos jugaban al foot-ball entre voces y risas. Más al interior alcancé a divisar un enorme terreno cubierto con pasto silvestre, y árboles altos, cuyos ramajes ensombrecían el predio que supuse terminaría en la gruesa barda de adobe, tepetate y ladrillo que materialmente rodeaba la propiedad, la cual se me figuró como una muralla que limitaba el perímetro hasta el cual podían llegar los educandos, aunque reconozco que no era demasiado alta y no sería difícil evadirla. A mi corta edad no conocía los espacios donde los hombres, o los que empezábamos a serlo, viven en comunidad, pero ahora advierto que los hospitales, manicomios, seminarios, reclusorios y hospicios, tienen algo en común, mantener separados a sus miembros del resto de la sociedad, tal si esta en el empeño de amparar a los enfermos, dementes, penitenciados, o estudiantes

internos, los privara también del máspreciado don por el que los hombres de todas las razas, épocas y latitudes han luchado hasta verter ríos de sangre: la libertad.

El abuelo Agapito iba por delante, mamá le seguía dócilmente llevando una de mis maletas, mientras que yo, rezagado, caminaba con pasos cortos portando un segundo maletín que contenía libros, útiles escolares y pertenencias personales, ya que como se me había advertido iba a permanecer allí algún tiempo largo.

Después de un rodeo alrededor de la barda, nos encontramos frente a una reja cerrada con candado y cadena; mi abuelo hizo sonar una campanilla y a poco se apareció un viejo, al que saludó llamándole amistosamente Don Erasmo al que informó que había hablado con el padre Núñez, quién seguramente nos estaría esperando, y aunque ambos ancianos se trataban amistosamente, el portero consideró indispensable antes de franquearnos la entrada informar acerca de nuestra presencia. Dos minutos después nos invitó a pasar mientras me echaba una mirada complaciente.

-El padre los aguarda –dijo señalándonos la entrada y después de volver a cerrar la reja se fue por delante de nosotros para guiarnos hasta lo que mediante un letrado se anunciaba como la Dirección.

El padre Núñez se había levantado para recibirnos y estaba en la puerta con una sonrisa que se comunicaba a sus ojos resguardados por los cristales de unos lentes, que lejos de hacerlo aparecer antipático o autoritario, le conferían cierta amabilidad que se acompañaba de sus palabras suaves y ademanes reposados.

-Buenas tardes Don Agapito, pasen ustedes –y al punto dirigiéndose a mamá Enriqueta añadió: -¿Cómo estás hija mía?- y le extendió la mano para saludarla, luego al constatar el luto añadió- ya me han enterado de la muerte repentina de tu esposo, lo cual lamento mucho, aunque no tuve el gusto de conocerlo, pero quién seguramente era un buen hombre, que estará descansando en la gloria del Señor.

-Gracias padre –respondió mamá.

-Apenas te acuerdas de mí, pero si mal no recuerdo, yo te bauticé, imagínate estaba recién salido del seminario cuando me destinaron a esta parroquia, para ayudar al señor cura que se encontraba muy grande y enfermo, me imaginé que venía por un tiempo corto, pero ya lo ves, me asignaron al principio como profesor del colegio y me he quedado avecindado para vivir aquí por el resto de mis días.

-¿No extraña Cosamaloapan padre? –preguntó mi abuelo.

-Pues claro que sí –dijo el sacerdote- y todavía cuando puedo darme una escapada voy para allá, aunque ya no tengo familia, sólo amigos, buenos amigos- entonces volviéndose a mí añadió sonriente -¿Y este va a ser nuestro nuevo alumno? ¡Bienvenido! –añadió tendiéndome la mano.

-Señor... -balbucee indeciso.

-Llegas como todos al principio, un poco triste, porque vas a permanecer un tiempo lejos de tu familia, y también porque ignoras como va a ser tu vida en el colegio, pero te aseguro que pronto habrás de acostumbrarte, y después cuando debas regresar a tu casa ya no vas a tener deseos de irte. Pero siéntense por favor, descasen las maletas sobre el piso.

El director a su vez se instaló en su escritorio, sacó una hoja de algún cajón y mojó la pluma en el tintero.

-Vamos a ver ¿Cómo te llamas? –Me preguntó.

-Eduardo padre...

-Pero ¿Eduardo qué?

-Eduardo Rosales Delgado.

-Delgado ¿Cómo el escritor?

-Sí padre, como el escritor...

-¿Y has leído sus libros?

-Sí padre.

-Estás muy chico para leer novelas, a tu edad son más recomendables los libros de texto y los libros piadosos.

-Le gusta leer cuanto encuentra –terció mi madre.

-Qué bueno que tenga esa afición, pero hay que ver primero que es lo que le conviene -y volviéndose a mí me preguntó:

-¿Y vas?...

-Al sexto –respondí.

-Aquí traemos su boleta de quinto con el pase –intervino mi madre alargándole el documento.

-Bien- aceptó el padre Núñez después de examinar el documento y hacer anotaciones.

-Aquí terminarás tu educación básica. Espero que vas a ser un alumno aprovechado. No nos gustan los flojos. Confío que te sentirás a gusto. Lo pasarás bien si eres respetuoso y cumples con lo que se te ordena, que siempre será para tu beneficio. Tus compañeros son buenos chicos, aunque hay alguno que otro algo rebelde. No soy partidario de emplear castigos, porque después de todo somos una gran familia, sólo que una familia ordenada, ya que Dios nos manda tener un tiempo para todo, y aquí planeamos que nuestros muchachos nunca estén ociosos, porque del ocio se vale el maligno para hacernos caer en las tentaciones, una mente ocupada hace una vida provechosa. No sólo se debe estudiar, también es bueno destinar unas horas a Dios, quién nos está siempre acompañando, y además porque la misa y el rosario nos traen salud y bendiciones, pero también hay que tomarnos un tiempo para recrear y para convivir, con lo que aprendemos a escuchar y a ser solidarios... y hasta es bueno disponer de alguna hora para encontrarnos y conocernos. Los internos se levantan temprano para disfrutar el frescor de la mañana, después de ducharse van a misa, para alimentar el alma y luego desayunamos para nutrir el cuerpo y disponerlo al estudio; pero después de cada actividad hay recreo y hasta organizamos excursiones, para escalar montañas y en el verano, cuando no hace frío, los muchachos que son buenos nadadores gustan ir a bañarse en los ríos y hasta a pescar... también tenemos un taller de carpintería y hasta una mesa de ajedrez. Nuestra comunidad es alegre, pero hemos eliminado las malas palabras y las riñas, porque no hay nada que no se pueda resolver con razones. Me gusta estimular a los estudiantes aprovechados y hay competencias en buena lid y hasta premios, y sólo cuando algún muchacho ha cometido una falta grave se le impide pasar el fin de semana con su familia.

-Aquí te hallarás como en tu propia casa... -aseguró el abuelo.

-Pero no veré a mi madre- alegué yo con las lágrimas escurriéndome en las mejillas.

Mamá Enriqueta haciéndose fuerte respondió:

-Nos escribiremos muy seguido, y hasta vamos a buscar una hora para pensar uno en el otro, aunque yo estaré siempre cerca de ti.

-6-

Hecho el trámite de la inscripción y habiendo dejado mis pertenencias que se llevó el conserje, esa noche fui a pasarla en la casona semi-derruida, que era cuanto quedaba de la dichosa hacienda de *El Herradero*.

Para agasajarnos mi abuela Chapina había preparado un mole y tamales que apenas probamos, y por más que todos a cual más intentaron consolarme, haciéndome ver que el padre Núñez, como lo había constatado, era una excelente persona, y que los fines de semana vendría a pasarla al campo donde mi abuelo me permitiría correr, cortar

fruta y hasta montar a caballo, las promesas no consiguieron disipar mi murria y solamente cuando mamá Enriqueta me aseguró que si no me sentía a gusto vendría inmediatamente por mí, decidí ir a acostarme.

El haberme levantado muy de madrugada para emprender el viaje, me provocó un sueño del que no me desperté hasta las once de la mañana del domingo, cuando mamá Enriqueta ya estaba en camino de regreso; evitándome lo que hubiera sido una amarga despedida ya que ni siquiera el beso que ella depositó en mi frente consiguió que abriera los ojos. Me reproché la pereza, pero mi abuela me hizo ver que no tenía ninguna culpa y en cambio me entregó un sobre en el que mamá me había dejado algún dinero, seguramente cuanto tenía.

En el patio los abuelos habían construido un gallinero, y tenían una vaca con su becerro, un cerdo que gruñía y engordaba muellemente echado, devorando cuanto le daban; y en un pequeño riachuelo que cruzaba la propiedad, nadaban una docena de patos, en tanto que dentro de una cuadra muy limpia se hospedaba *Relámpago* un caballo al que fui presentado ceremoniosamente y que me permitió acariciarle la crin, mientras me miraba con fijeza.

La leche recién ordeñada y un virote crujiente me vinieron de perlas; y después de la caminata por el predio volví a hacer los honores al mole recalentado, pero cuando sonaron las seis de la tarde llegó la hora de la verdad y despidiéndome de mamá Chapina mi abuelo y yo nos dirigimos al colegio. Apenas nos aparecimos Don Erasmo nos abrió la reja, mi abuelo se despidió y yo debí entrar solo; el padre Núñez no se encontraba y me recibió el hermano Federico, quién me midió apenas verme, luego me condujo al dormitorio, que eran simplemente piezas con techos envigados y ventanas altas, en cada cuarto habían colocado tres camas con sus respectivas mesas de noche y roperos.

-Tienes suerte -me dijo- pues tendrás todo el dormitorio para ti solo, ya que por el momento no tenemos muchos internos. Tus cosas están sobre la mesa y hay que acomodarlas. Por la mañana debes tender tu cama. Los retretes, lavabos y duchas están a un lado, Un timbre suena a las seis en punto para levantarse y asearse, a las siete oímos misa y después pasamos a desayunar al comedor, las clases son de ocho a una, pero a las once hay media hora de recreo. La comida se sirve a las dos de la tarde y después de otro descanso deberás asistir a tus clases de religión dos veces por semana, y hacer tus deberes. La cena se sirve a las ocho y los estudiantes pueden quedarse a conversar, leer o preparar sus clases del día siguiente, y las luces se apagan a las diez. Ya se te irá instruyendo acerca de otras obligaciones.

Dicho lo anterior el hermano Federico se dio la media vuelta advirtiéndome que me esperaba a las ocho para la cena, respondí que por favor me disculpara pues había comido muy tarde.

.-Como quieras -respondió y cerrando la puerta me dejó mudo, solitario, sin otra compañía que mis pensamientos. Un crucifijo presidía cada cama y en alguna pared había un retrato de San Juan Bosco sonriendo. Elegí una cama y me senté desconsolado, sintiéndome como un preso, sin esperanzas ni alternativas. Pensando en el encierro debieron haber dado las diez, entonces volvió a aparecerse el hermano Federico, conminándome a desnudarme y dormir.

-Mañana debes estar listo a las seis -repitió- y se fue sin darme siquiera las buenas noches.

Unos minutos después se apagó la luz.

Aquella primera noche en el internado resultó fatídica. En mitad de aquel cuarto oscuro por el que apenas penetraba la luz incierta de las ventanas empecé a sentirme abandonado, indefenso y definitivamente imposibilidad de lograr conciliar el sueño, por más que comprendía que al día siguiente podrían acaso ocurrir acontecimientos ingratos: burlas o pendencias de los compañeros, exigencias de los maestros, malos modos del tal hermano cuya cara definitivamente me resultaba casi repudiable o cuando menos muy poco amistosa; y quién sabe cuantos eventos desagradables más, para los que debía estar prevenido física y psicológicamente.

Aquella vida regida por el reloj, con monotonía de cuartel, me iba a resultar definitivamente odiosa, ello, sumado a la sombría perspectiva de tener que pasarme por lo menos cuatro años, contando el sexto de la elemental y los tres de la secundaria.

Sólo hasta entonces, cuando además contara con dieciocho años cumplidos abandonaría Orizaba para retornar a México, donde me pondría a leer todos los periódicos que se publicaban y a buscar un trabajo que me permitiera por las noches asistir a la escuela de periodismo. ¡Y cuando fuera periodista sería libre! Iría por medio mundo a la caza de noticias sensacionales, tendría mi columna, un auto y comería a las horas en que me llegara el hambre y lo que a mí se me antojara.

Me había echado vestido sobre la cama y las lágrimas que se habían desparramado mojaban la cama, mientras volvía a pensar en lo largos que se me habrían de hacer aquellos cuatro años plagados de desesperación, soledad y tristeza.

Para colmo empecé a escuchar ruidos espantosos provenientes del cielo anunciando tormenta y seguidos de un parpadeo que iluminaba de pronto la habitación con resplandores fantasmales, cinco minutos después se desencadenó una copiosa lluvia golpeando techos y paredes, entre tanto una oleada de frío penetraba por una de las ventanas semi abierta, lo que me obligó a tener que cobijarme con la manta de lana.

Sin ser miedoso, una especie de terror que yo aplacaba con pensamientos lógicos, se fue apoderando de mí, hasta que a fuerza de mantener los ojos cerrados me llegó el sueño que resultó preñado de pesadillas. En medio de ellas yo volaba sobre lugares desconocidos, pasando sobre montañas y abismos –seguramente los que había visto durante la travesía del sábado- pero que aparecían aún más tétricos y distorsionados; de pronto a lo lejos se difuminaba una luz rosada en el horizonte, al que yo pretendía acercarme, ya que sabía -ilógica certidumbre de los sueños- que allá se concentraban la dicha y la paz, entonces luchaba con todas mis fuerzas por arribar al ansiado paraje, pero no avanzaba por más que esforzándome movía brazos y piernas; de pronto escuché un ruido espantoso y caí en el aterrador abismo negro, despertándome bruscamente, pero en realidad sacudido por el estampido descomunal de un trueno, cuyos estertores como salidos de una garganta infernal me sobrecogieron de terror. Encogido, hecho un ovillo y con la frente sudorosa me quedé paralizado pendiente de la lluvia que bajaba escandalosa a través de los canelones de lámina. ¿Cuántas horas pasé así? No pude contarlas, pero deben haberme parecido tremendamente largas, sólo recuerdo haber anhelado con vehemencia que iluminara tras de los vidrios sucios la luz perlada del amanecer

A la mañana siguiente me levanté a la hora que me habían mandado.

Al entrar a la ducha di los buenos días, pero nadie me contestó.

-Es el nuevo- comentó uno de los chicos que me lanzó agua fría, yo no me inmuté, pero otro respondió por mí.

-Déjalo, si él no se mete contigo, no tienes por qué provocarlo.

La misa la rezó un sacerdote anciano, que después me enteré era el padre Francisco. Todo el mundo estuvo tranquilo y sólo al desayuno se apareció el padre Núñez, quién bendijo los alimentos, y se sentó al lado del padre Francisco, del hermano y de dos maestros que impartían clases en la secundaria, compartiendo exactamente lo mismo que nos había sido servido a los educandos.

Del comedor nos dirigimos a las aulas provistos de libros, cuadernos y plumas

Los del sexto grado, incluyendo los externos que se agregaron, debimos sumar unos treinta, y el padre Núñez presentó al grupo a la que iba a ser nuestra maestra, una mujer de edad indefinida, que se nos dijo era la Srta. Eugenia. Los alumnos nos levantamos para recibirla.

En seguida el padre Núñez se dirigió nuevamente al grupo, esta vez refiriéndose a m.

-Tenemos un nuevo alumno, quién viene de México, se llama Edmundo Rosales Delgado y trae excelentes notas. Les pido que le demos un aplauso de bienvenida y que lo reciban como tratamos los veracruzanos a quienes vienen a convivir con nosotros en nuestra tierra.

Todos aplaudieron y se oyeron risas y bromas, yo me puse rojo como una amapola, pero tratando de serenarme saludé y di las gracias.

Los pupitres estaban diseñados para dos estudiantes, y todos se fueron colocando seguramente en razón de las simpatías o amistad que habían cosechado en el curso anterior.

Entonces me encontré solo, pues nadie venía a compartir conmigo el lugar vacante. Al observarlo el padre Núñez insistió amablemente.

-Les encargo a su nuevo discípulo, que viene de lejos, espero que lo acepten como compañero.

Entonces cambiándose de lugar se acercó un muchacho de mi edad y en voz alta dando respuesta a la recomendación del padre Núñez, declaró compartiendo el pupitre vacío.

-¡Yo quiero ser tu amigo!-

Y me tendió la mano que yo estreché al momento. El chico era amable, simpático, su rostro era sumamente agraciado y sobre la frente le caía un mechón de cabellos castaños.

-Me llamo Salvador –aclaró- pero me gusta que me digan Chava.

-Yo soy Edmundo –balbucí

El padre Núñez sonriendo abandonó el aula. La Srta. Eugenia empezó a pasar lista, para identificarnos a cada uno por nuestro nombre, y sólo al terminar extendió sobre el pizarrón un enorme mapa que serviría de referencia para la clase de Geografía, y hasta entonces ubiqué donde se encontraba la famosa ciudad de Paris.

-8-

Canicas, trompo de cuerda, balero, yoyo, dados, huesitos de chabacano y durazno, damas chinas, dominó, lotería, y hasta un pequeño boliche, entre otros, formaban el extenso repertorio de juegos de mi nuevo amigo Chava, quién además jugaba con envidiable destreza foot, beis, y hasta manejaba la raqueta y pelota de tenis. El muchacho gustaba de hacer inocentes apuestas, casi siempre relacionadas con el convite del perdedor a consumir muéganos, duquesas, churros, pirulís, pepitorias, dulces de guayaba, alfajor de coco, marquetas de cacahuete, nuez, charamuscas o chamoy, surtido que doña Paty ponía a la venta por fuera de la reja, a la hora del recreo, con la complacencia del señor Erasmo sobornado por su golosina favorita que consistía en los

tradicionales camotes de Puebla; y desde luego con la complacencia y permiso del padre Núñez

Chava quién era un goloso insaciable, no se conformaba con los dulces que como perdedor de las apuestas yo y otros debíamos convidarle, sino que de su casa me acarreaba casi siempre una manzana, una pera en almíbar, un melón para compartir y hasta una torta que daba envidia ver que en lugar de morderla, materialmente la devoraba relamiéndose repetidamente, y ponderando que su relleno era una verdadera delicia, no obstante, ¡Cuántas veces el generoso muchacho se desprendió de la mitad del virote ofreciéndomelo como la prueba de una auténtica camaradería! Afortunadamente mi amigo –porque muy pronto nos hicimos grandes amigos- era un alumno externo y como tal podía traer todos los días de su casa los manjares más apetitosos, en tanto que nosotros los internos, debíamos conformarnos con el postre de camote enmielado, la gelatina de grosella o la dichosa capirotada que era preparaba aprovechando los trozos sobrantes de pan, en obsequio a los deseos del padre Núñez quién procuraba que nada se desperdiciara. El mismo solía bendecir la comida y almorzaba con nosotros, pidiendo alguna vez que un alumno nos leyera alguno de los relatos del Corazón Diario De Un Niño del italiano Edmundo de Amicis, o bien la vida de algún santo; nunca obligó a nadie a confesarse, aunque insistía que debíamos reconciliarnos con Dios al menos por la Cuaresma. A veces dirigía el rosario aunque otras el hermano Federico lo rezaba con voz gangosa y poca devoción, más pendiente de observar si los demás se distraían, cometían alguna falta, o decían en la capilla alguna mala palabra lo que les valía un buen jalón de orejas.

Fuera de las mañanas en las que disfrutaba la compañía de Chava, jugando, charlando y haciendo bromas, mi vida transcurría tan rutinaria como la había supuesto; y a la una de la tarde que terminaban las clases y me despedía de mi amigo, me quedaba solo, aunque en la compañía de los demás muchachos que sin parecerme desagradables tampoco me satisfacían.

Las clases de la maestra Eugenia resultaron interesantes, y a mí me gustaba oírle declamar algún verso de la autora de “Rosas de la Infancia”, la poetisa de Coatepec, María Enriqueta Camarillo, entonces su rostro siempre serio se dulcificaba y su voz, regularmente inexpresiva, adquiría un grato timbre musical.

Los sábados mi abuelo Agapito venía a recogerme puntualmente a las nueve de la mañana, mi abuela Chapina nos recibía con un plato de picadas acompañado de un café caliente de exquisito sabor y aroma, en esos momentos me declaraba libre y me desquitaba bonitamente después de guardar la compostura y el respeto al reglamento instituido por el hermano Federico toda la semana, mis pies volaban y tarde se me hacía para caminar por el campo, trepar a los árboles, arrancar fruta verde que al comerla en ocasiones me provocaba cólicos, ordeñar la vaca, montar a *Relámpago*, intentar coger algún pájaro, salirme seguido de los canes a perseguir alguna liebre que nunca alcanzaba, darles cacahuates a las confianzudas ardillas y cucar al pato macho que me seguía dispuesto a enterrarme el pico amarillo.

Luego exhausto de las carreras y de lo que yo llamaba mis aventuras, me disponía a contestar las cartas a mamá Enriqueta que invariablemente cada quince días me escribía, formulándome las mismas preguntas: qué si estaba bien de salud, si aprovechaba las clases, si me gustaba la comida del colegio y si no había dado lugar para que el padre Núñez se quejara de mi conducta, a veces acompañaba la carta con un paquete que contenía un suéter, un par de calcetines, alguna ropa interior y en alguna ocasión hasta un pantalón y un par de zapatos; y casi siempre entre la carta cuidadosamente doblado introducía un billetito de baja denominación. Luego me informaba que tenía que trabajar todo el día y que al fin había obtenido la codiciada

plaza de base, y que se había abonado a un restaurante cercano a su oficina para comer, evitándose el tener que prepararse comida para ella sola. Yo la conformaba comentando que obtenía excelentes calificaciones y que esperaba hacerme acreedor a fines del año a un diploma o quizás hasta alguna medalla con las que el colegio premiaba a los aprovechados y al buen comportamiento; también le hablaba de los abuelos, tan cariñosos, aunque mi madre Chapina estaba cada vez más achacosa. Agotados esos temas empecé a platicarle acerca de mi amigo Chava, ponderando su simpatía, gentileza y buenos oficios para conmigo, gracias a que él me brindaba su amable compañía pasaba excelentes momentos. Tal revelación agradó mucho a mamá Enriqueta quién me felicitó por haber encontrado un buen amigo evitándome que me sintiera solo; y a partir de entonces en cada carta me pedía dar saludos en su nombre al buen amigo Chava que me hacía pasar horas alegres.

La suerte estaba echada. El destino empezaba a manifestarse. Los hados habían decretado. ¿Quién puede contra sus designios?

-9-

El año se fue veloz, de pronto ya estábamos en octubre y ansiando obtener las mejores calificaciones, nos preparamos para los exámenes, que para los del sexto grado significaba acceder a la secundaria, lo que sin duda me haría sentir sin duda muy satisfecho. El anhelo de sobresalir en la competición nos calmó los ingobernables deseos del juego; y al igual que mis compañeros pasaba las tardes dedicado a repasar textos y apuntes, por lo que el padre Núñez nos comentó complacido, que de seguir así, iba a encontrarse en un duro aprieto para distribuir los premios, lo que la señorita Eugenia corroboraba, asegurando que todo el grupo los merecía. Chava por su parte la dio por venir también en las tardes en que nos consultábamos dudas, memorizando definiciones y hasta resolviendo operaciones con quebrados y decimales, raíz cuadrada y hasta ecuaciones de primer grado. Un viernes convenimos reunirnos para que conociera a mis abuelos disfrutando el sábado en la dichosa hacienda o más bien, se lo advertí, en lo que poco que aún quedaba de ella. La arrebatadora simpatía de mi amigo conquistó a los viejos, que a partir de entonces lo recibieron con cariño.

En el colegio se empezó a preparar el festival de fin de cursos, lo cual nos mantuvo doblemente ocupados.

A finales del mes se programaron los exámenes y tres días después de realizados nos entregaron los resultados. Chava y yo obtuvimos excelentes calificaciones y el codiciado pase a la secundaria, acontecimiento que nos motivó para abrazarnos y felicitarnos mutuamente.

Llegó el ansiado día del festejo. Dimos gracias en la misa y nos dispusimos a estrenar uniforme, saco y pantalón de casimir azul, camisa blanca y corbata que tardé media hora para hacerme el nudo, lo cual me hizo sentir como un joven, tal si de pronto me inundara una prisa por ser mayor; verificándose en mi persona una rápida transición del niño al adolescente, y con el rebelde cabello envaselinado, y los zapatos relucientes me miré al espejo, comprobando que había aumentado mi estatura, embarnecido el tórax y hasta mis movimientos se habían vuelto mucho más reposados. Me alegró suponer que mamá Enriqueta me encontraría cambiado y me dispuse a ensayar el discurso que a nombre del alumnado se me había encomendado preparar, y el que pretendía decir con la mejor dicción posible, aprovechando que ya desde entonces disponía de una capacidad -según la señorita Eugenia- extraordinaria, para redactar, escribir e improvisar

El programa incluía la participación de un coro, que por cierto imaginé no iba a resultar muy lucidor, ya que sus integrantes pasaban por esa etapa en la que el cambio

de voz está reñido con el canto, mejor suerte esperaba a los de la tabla gimnástica que con pantalón, camisa, calcetines blancos y tenis darían una demostración de disciplina y destreza, la maestra Eugenia declamaría unos poemas y cuatro o cinco chicos representarían un sainete que por tener que decirlo de memoria habían empleado tres meses repitiéndolo a todas horas.

Muy de mañana se dispuso un estrado desde el cual presidirían las autoridades y se acomodaron todas las sillas disponibles para acomodar al público asistente, se colocaron adornos florales y en un extremo asomaron las amarillentas teclas del piano.

Antes de las diez de la mañana empezaron a llegar los invitados, mientras que yo inquieto y nervioso atisbaba la llegada de mamá Enriqueta.

No tardó en aparecerse Chava eufórico y entusiasta como de costumbre, asegurándome que mi discurso iba a salir muy bien; y cuando daban las diez aparecieron mis abuelos endomingados.

Yo sentía que el corazón me latía de prisa y no despegaba los ojos de la entrada a la espera de mi madre.

Apenas llegó el inspector que fue recibido con mucha cortesía, comenzó la ceremonia y uno de los maestros que la hizo de locutor dio la bienvenida a la numerosa concurrencia.

Yo estaba agitado y las lágrimas incontenibles me escurrían por las mejillas.

-¿Qué te pasa? –me preguntó Chava.

-Mamá Enriqueta no ha llegado –balbucí.

-No habrá sido por falta de ganas, tú mismo me has dicho que su trabajo la mantiene siempre muy ocupada, no te apures, seguramente vendrá más tarde, en ocasiones el tren se retrasa mucho...

No supe que responderle, pero el comprendiendo mi dolor permaneció a mi lado.

Pasaron los de la tabla, luego el coro que no resultó tan mal, y después de los versos de Salvador Díaz Mirón que dijo la maestra, me llegó el turno a mí. En el preciso momento en que el llanto me había ganado por completo.

-Ahora es cuando *manito* –me dijo Chava- ya no somos chamacos sino hombres y hay que demostrarlo. Fájate bien los pantalones y sobreponete a la pena. Muéstrate sereno, luego te desahogas si quieres, pero ahora, enséñales que eres un hombre ¡Un gran hombre! –Y me empujó al estrado.

Obediente, llegué con pasos firmes hasta el lugar donde estaba colocado el micrófono y tragando saliva, procurando dirigir la mirada hacia el auditorio, dije el discurso con voz potente y persuasiva provocando que el inspector se levantara de su asiento para aplaudirme y después felicitar me estrechándome calurosamente la mano. Su ejemplo fue seguido por todos los del estrado, incluyendo al propio padre Núñez, al síndico del ayuntamiento y a los profesores que con caras sonrientes me aplaudieron al igual que todo el resto de la concurrencia.

-Ya lo ves, todo ha sucedido como te dije –me habló por lo bajo Chava que no se había perdido ni una sílaba.

-Pero...

-No hay pero que valga. Has puesto en alto el honor del alumnado.

Entonces tocó el turno al inspector que habló de Juárez y al final se escuchó la voz del padre Núñez que muy emocionado dio las gracias a las autoridades y maestros felicitando a los alumnos cuyo esfuerzo y dedicación eran la esperanza de la patria.

Cinco minutos después fui llamado a recibir una medalla al mérito por haber obtenido altas calificaciones, observando además un excelente comportamiento y amor al estudio. La entrega del premio motivó otra ovación y seguidamente el maestro de ceremonias nombró al alumno Salvador González Meneses acreedor también a la

medalla honorífica que le impuso una de las maestras de secundaria. Cinco alumnos más de la elemental y media recibieron sus galardones; y el maestro de ceremonias dando por concluido el acto dio las gracias, invitando a padres y alumnos a disfrutar un refresco. Entonces los asistentes se volcaron entre los muchachos, muchos papás se acercaron para felicitar me, los abuelos siempre cariñosos me abrazaron y Agapito, me informó que mamá Enriqueta había llamado por teléfono, para pedirme que la disculpara, pues no obstante haber conseguido el permiso para venir, un asunto urgente de la oficina se lo había impedido; con su felicitación me enviaba sus bendiciones y la promesa de que vendría en diciembre para llevarme a conocer el mar, como merecido premio por mi esfuerzo. Mal me consoló la promesa y cuando estaba a punto de soltar otra vez las lágrimas se acercó Chava quién venía seguido de su padre.

-Es mi papá Alejandro –dijo mi amigo.

-Mucho gusto en conocerlo señor –musité extendiéndole la mano que él estrechó.

-Hablas muy bien...- admitió, pero si dijo algo más yo no le puse atención, porque a su lado una muchacha con un rostro tan hermoso como el de la misma Virgen me echó los brazos al cuello, sonriéndome como si tuviera un siglo de conocerme.

-Es mi mamá –dijo Chava- se llama Leonor, pero le decimos Leo.

-¿Y tú eres Eduardito, verdad? -afirmó ella- ¡El inseparable amigo de mi hijo, que a todas horas se acuerda de ti! ¡Y qué bien hablas! ¡Cuando seas mayor vas a convertirte en uno de esos líderes que arrastran multitudes!

Aunque sonriente, no sabía que contestar.

-El *manito* –explicó Chava, abreviando mi nombre- está muy triste porque no pudo venir su mamá de México.

-Ya le dije que tuvo un impedimento, pero que vendrá después... -terció mi abuelo.

-Se comprende –dijo la señora Leo- pero no te aflijas, vendrás a almorzar con Chava a nuestra casa.

Y con infinita ternura pasó las puntas de aquellos dedos finas, como los una hada por mis mejillas, donde me empezaba a despuntar el esbozo de la barba.

-10-

La amable acogida de la señora Leo atenuó la ausencia de mamá Enriqueta y aunque continuaba serio y cabizbajo, cuando ella al recibirme en su casa, me pasó la mano derecha por los cabellos, explicando a los concurrentes que mi madre quién vivía y trabajaba en México no le había sido posible venir, aquella caricia inocente, con la que me hacía sentir que comprendía mi amargura me llegó al fondo del corazón.

Reconfortado con su ternura pasé la tare compartiendo con alegría la exquisita comida que la gentil anfitriona había mandado preparar, en honor de *los* muchachos, incluyéndome bondadosamente a mí; el señor Alejandro y los numerosos parientes de Chava: tíos, sobrinos, primos, así como los amigos del matrimonio y hasta vecinos volvieron a celebrarnos, y yo, rojo, no sabía si de vergüenza o de satisfacción, daba tímidamente las gracias, mientras Chava simplemente se sonreía. Era la primera vez que asistía a una reunión donde la abundancia y variedad de los platos, el arreglo de la mesa, la delicia de los postres, se complementaba con una cordial convivencia en la que no escasearon los chascarrillos, las bromas y las risas, que con su inigualable gracia propiciaba aquella dama espléndida, cuya lozanía y juventud me convidaba a dudar que fuera la mamá de mi amigo, induciéndome a admitir que más bien se trataba de su hermanita mayor.

Chava y yo alternamos discretamente con los mayores, quienes nos desearon que sin que decayera el entusiasmo emprendiéramos la secundaria y hasta nos preguntaron que nos gustaría llegar a ser, a lo que Chava respondió que hombre de negocios como su

papá, y en cuanto a mí declaré enfáticamente que periodista. El señor Alejandro vaticinó un buen porvenir para su hijo, aunque insistió que para llegar a convertirse en un prominente ejecutivo, banquero o negociante debería terminar una carrera que bien podía ser administración o mercadotecnia.

La charla de sobremesa en la que no faltaron el coñac, el café y los cigarrillos para los adultos, debió haberse prolongado hasta la media noche, aunque yo tuve que abandonar la reunión temprano, pues debía retornar al colegio a las ocho.

Chava se ofreció a acompañarme y la señora Leo salió hasta la puerta para despedirme, invitándome a regresar a su casa cuantas veces quisiera, y asegurándome que le daría mucho gusto verme, y cuando le solicité su autorización para que mi amigo viniera al día siguiente al feudo de mis abuelos, ella me encargó saludarlos y ofreció que les enviaría una porción del exquisito pastel que había repostado para celebrarnos.

Después de aquella inolvidable tarde ¡Qué triste debió haberme parecido el retorno a mi solitario cuarto del internado! Allí era el ruido, la música, las risas, la alegría...aquí sólo la austeridad y el silencio, y a las diez en punto la oscuridad. Entonces cerré los ojos y tratando de evadirme del sombrío ambiente que me rodeaba, con todas las fuerzas de mi imaginación me puse a pensar en ella, y me pareció que hasta me brotaban alas y volaba hasta donde había dejado aquel rostro divino, atraído por la radiante luz que se desprendía de su mirada; y cuando logré verla con los ojos interiores le di gracias a Dios, no por haber terminado el curso y ganado la medalla, sino por el bien inmenso de haberla visto.

-

-11-

Mamá Enriqueta cumplió su promesa de venir a Orizaba durante la segunda semana de diciembre. Me encontró cambiado -según ella- había aumentado de estatura y seguramente en poco tiempo la ropa ya no me quedaría y se debía alargar o desecharla. En México -comentó- todo continuaba igual, excepto que ahora esperaba un aumento para el año próximo, y sin que yo lo mencionara detectó que estaba muy conforme de continuar viviendo en Orizaba como interno del Liceo, aún cuando yo reservé para mi intimidad y por vez primera en mi vida, lo que iba a convertirse en mi primer y más grande secreto, el verdadero motivo de mi determinación de seguir viviendo allí.

Después de pasar dos días en *El Herradero* mamá Enriqueta se presentó al padre Núñez para solicitarle permiso para llevarme a conocer el puerto de Veracruz, petición que le fue concedida al punto.

Estábamos de vacaciones y el colegio se había quedado medio vacío.

Yo insistí en ir a despedirme de Chava, y mi madre quién había manifestado deseos de conocerlo, me acompañó a su casa donde fuimos atendidos por la señora Leo quién nos recibió gustosa.

Al día siguiente muy de mañana abordamos el convoy que nos habría de conducir a nuestro destino. Entonces yo, lejos de ir excitado por la perspectiva de conocer el océano y contemplar los paisajes que como en una película a colores me iba mostrando el ventanillo del tren, mi pensamiento iba girando en torno a la dulce imagen de Leonor, admirando cada detalle de su persona, cada palabra que brotaba de su boca, cada ademán de aquellas manos suaves, como pétalos de rosa, tan diferentes de las manos de las maestras del Liceo o de las mujeres que había conocido hasta entonces.

Me había prendado de ella, siempre esperando verla con la expectación con que se aguarda el día que vamos a acudir a una fiesta, porque sólo el contemplarla significaba para mí una fiesta espiritual de una dimensión extraordinaria.

Al principio, mamá Enriqueta me halló taciturno y silencioso, me preguntó que me pasaba y yo con temor de que sorprendiera un adarme de mi secreto, le respondí que nada y hasta recuerdo que fingí interesarme en el viaje.

Reconozco que el mar me impresionó, pero en el lejano horizonte, donde danzaban incesantemente las olas, el sol jugueteaba con las nubes, y flotaban catorce o quince barcos con banderas de todas las nacionalidades, sólo pretendía descubrir ¡Oh! el más maravilloso e inalcanzable de los espejismos, el rostro de Leonor, imaginándome no sólo sus bellos ojos, sino toda su cara impregnada de una magia insuperable. ¡Y el pájaro azul de los ensueños juveniles, posó sus delgadas patitas sobre mis hombros! Y aunque todavía no lograba etiquetar con nombres lo que ocurría dentro de mí, empecé a intuir con una mezcla de temor, alegría, confusión ¡Y que se yo más! Qué aquello se llamaba amor, y recostado sobre la arena blanca de la inmensa playa, mientras saboreaba una fresca agua de coco, descubrí con delectación que estaba enamorado, luego, de pronto, tal si buscara una explicación o una defensa intentando prever las posibles consecuencias de mis sentimientos, recordé que apenas tenía quince años.

Visitamos una isla, un barco noruego y uno español al que nos permitieron abordar y mamá que cada día me daba algún dinero para que yo lo empleara en lo que se me antojara, no objetó que le comprara a un marinero un collarcito traído de España con ese sello medio árabe y andaluz que distingue a la orfebrería de la madre patria.

Mamá supuso que el presente estaría destinado para una chiquilla de mi edad, pero yo le aclaré que lo destinaba como recuerdo de mi viaje, a la señora Leo, la mamá de mi amigo a quién ella había conocido y de quién tantas atenciones recibía, ella aprobó la idea pero me hizo ver que en tal caso me restaba adquirir también algún recuerdo para Chava y para los abuelos, entonces decidimos obsequiar una botella de brandy español para Agapito, y un precioso costurero para Chapina, presintiendo que ambos regalos los harían felices, como sucedió. El marinero español accedió a dejarme por menos dinero un juego de pluma y lapicera para Chava que supuse le complacería.

Al tercer día de viaje antes de regresarnos a Orizaba nos desayunamos en el café La Parroquia, y mientras saboreábamos el lechero, escuchamos los sones veracruzanos decidores y bullangueros, acompañados del arpa y salpicados de coplas de doble sentido e irónica picardía.

Y no obstante pese a la tan deseada compañía de mi madre, el disfrute del paseo, la degustación de platillos del mar y de los deliciosos dulces regionales, así como del sabroso calor, no dejé Veracruz con pesar, porque en el puerto no se hallaba lo más importante para mí, que consistía en ver a la señora Leo, escucharla, mirarme en aquellas pupilas desde donde parecía nacer, como brota el agua cristalina de un manantial, aquella ternura infinita, aquella dulzura que emanaba de ella entre el derroche de una feminidad que nunca he vuelto a encontrar en ninguna otra mujer.

Retornamos a Orizaba. Mamá Enriqueta se quedó a dormir esa noche y partió al día siguiente, esta vez, yo madrugué y la fui a despedir a la estación. Antes de subir al vagón me puso un beso largo -porque beso en tí a tu padre- me dijo, luego me dio su bendición recomendándome que siguiera obediente y estudioso y que viera por mis abuelitos, que los encontraba -me susurró al oído- cada vez más viejos y achacosos-. No quiso decirme cuando volvería, pero supuse que no iba a ser pronto, en su vida había mucho trabajo pero sonriéndose reconoció, poco dinero, pero al menos, aclaró, ya no tenemos necesidad de vender nada, porque en cada objeto de la casa quedó el recuerdo de tu padre.

A punto de llorar le di las gracias. Ella se despidió de sus padres, y los tres nos quedamos esperando que el tren iniciara la marcha. El convoy pronto partió y lo vimos alejarse hasta que sólo los faros rojos del último vagón relampagueaban.

Se aproximaba navidad y el padre Núñez organizó las posadas, aunque la mitad de los internos disfrutaban las vacaciones en las casas de sus padres o parientes. Se instituyó el rezo del rosario todos los días y después se pedía la posada, concluyéndose una vez con una piñata, otra con vasitos de ponche de frutas y alguna ocasión con un plato de arroz de leche que nos fue agregado a la cena que generalmente consistía en consumir los restos de la comida del medio día acompañados de algún café o leche. Chava venía por las noches a la dichosa posada trayendo una bolsa con tejocotes, jícamas, limas y cacahuates que compartía con los estudiantes.

-La noche de navidad la pasarás con nosotros -me anunció- mamá me ha encomendado que te invite y ella se encargará de solicitar el permiso al padre Núñez.

Acepté encantado, y el día previsto Chava vino a las ocho de la noche para recogerme a la puerta del colegio. Ambos estrenábamos ropa nueva y muy peinados y acicalados nos presentamos antes de que llegaran los demás invitados. La casa se encontraba iluminada y lucía un enorme árbol adornado con esferas y focos multicolores y a su lado un nacimiento. A los cinco minutos se apareció la señora Leo, con los inequívocos signos de la fatiga, consecuencia de adornar sala y comedor, poner mesa, disponer vajilla, cubiertos, vinos, manjares, dulces y bocadillos, pero lo más extraordinario es que ella misma se había ataviado con un precioso vestido de seda a la moda, que le llegaba hasta la rodilla y le permitía lucir un escote generoso, un saquito corto le cubría los hombros y la tela floreada que transparentaba sus soberbias formas de mujer en la plenitud de la vida y la belleza, sobre uno de los hombros había dejado caer la cascada de los sedosos cabellos cuyos tonos castaños hacían resaltar la blancura del cuello, un maquillaje suave, un peinado que hacía resaltar más la hermosura de aquel rostro encantador y unas zapatillas elegantes que la hacían parecer más alta y esbelta; me deslumbraron al grado de que la sorpresa me hizo enmudecer.

-¡Bienvenido Eduardito! –Exclamó tomándome la mano, y luego como solía hacerlo me acarició las mejillas con la punta de los dedos -¡Qué bueno que ya están aquí! Pero te has quedado mudo ¿Te han comido la lengua los ratoncitos?

-Es que... -balbucí, y armándome de valor y con la lengua seca pegada al paladar agregué- ¡Es que está usted tan bella señora Leo!

Ella soltó la risa

-¡Mira nada más que galante amigo tienes! –dijo el señor Alejandro, saliendo a saludarme.

-¿No ves que es también medio poeta? –terció Chava- cuando la señorita Eugenia dice versos, a Eduardito la da por suspirar, y se le queda viendo con ojos de ternero a medio morir...

La señora Leo y su esposo rieron el chiste de su cachorro, mientras que yo, rojo como un diablillo, continuaba mirándola fascinado, sin poder apartar los ojos, en tanto que aspiraba el exquisito perfume que se escapaba de su persona, de sus cabellos y vestido, y que me llegaba como un bálsamo hasta las aletas de mi nariz, inundando así todos mis sentidos, entonces alargué tímidamente mi modesto regalo.

-Esto es para usted señora Leo...

--Muchas gracias –dijo ella tomando el paquete.

-Sólo es un pequeño recuerdo por navidad, y este otro es para Chava.

Mi amigo se dispuso a abrirlo inmediatamente apenas leyó la tarjeta en la que yo había escrito *Para mi mejor amigo*

La señora Leo arrebató a su hijo el presente.

Espera, los pondremos junto a los demás regalos para abrirlos a las doce de la noche  
¡Así tendremos una doble sorpresa!

Y su voz sonó fresca, como la de una chiquilla, porque eso seguía siendo, aunque fuera la madre de un hijo de mi tamaño.

Diez minutos después fueron apareciendo los invitados cargados de botellas, pasteles, regalos y buenos deseos.

A las once cantamos la posada y a las doce se brindó con sidra y con previo permiso de mis anfitriones, se nos permitió a Chava y a mí compartir una copa, lo que hicimos muy sonrientes, sintiéndonos importantes de alternar con los adultos, a continuación se abrieron los regalos y Chava entusiasmado me dio repetidamente las gracias, gustoso de su juego de pluma y lapicero, mientras tanto la señora Leo verdaderamente encantada ponderaba el collar que mostró primero a su marido y luego a los demás invitados, alabando mi buen gusto, entonces abrazándome me dio las gracias, luego se quitó el collar que llevaba y me propuso

-Ayúdame a ponérmelo.

Al pedido la torpeza se me incrustó en los dedos y me puse de todos colores intentando cerrar el broche, con gran regocijo de Chava quién al final se acomodó a ayudarme.

-Tienes que practicar mucho –me advirtió el señor Alejandro y todos volvieron a reír por la recomendación.

-A ver si te gusta mi regalo –dijo Chava poniendo en mis manos una gran caja con su respectivo moño.

¡Era una chamarra a mi medida!

-¡Gracias! ¡Gracias! –Repetí abrazándolo- ¡Has echado la casa por la ventana!

-Mi regalo es mucho más sencillo –terció la señora Leo- pero lleva el mérito de que yo lo he hecho para ti.

¡Era una bufanda tejida!

Se me aguaron los ojos y ya no supe que decir

-¿Es que no te ha gustado?... yo pensé que la habrías de necesitar para el invierno...

Entonces envalentonado exclamé:

-Señora Leo ¡Es mucho más de lo que yo merezco! –y apreté con los dedos la prenda.

Entonces el señor Alejandro nos tomó una foto en la que aparecía su esposa sonriéndome y yo con la bufanda en las manos a punto de llorar de felicidad.

Luego vino la cena y cuando las campanas de la iglesia parroquial daban las cuatro de la mañana, yo me estaba despidiendo de mis anfitriones.

El año nuevo lo pasé en el colegio. Todos habíamos comulgado por la mañana y en la cena nos sirvieron pavo con puré de manzana, el padre Núñez dijo algunas palabras felicitándonos a uno por uno, y hasta el hermano Federico estuvo excepcionalmente amable con todos y la luz no se apagó hasta el amanecer.

Chava y sus papás se habían ido a Jalapa con sus parientes y yo hasta el día siguiente me presenté en casa de mis abuelos que habían cenado solos recordando a mamá Enriqueta y preocupados pensando si me habrían de quedar los zapatos que me compraron. Los abracé repetidas veces agradeciéndoles el regalo seguramente adquirido con esforzadas economías, y cuando me preguntaron por Chava les expliqué que se había ido de paseo con su familia. Fuimos los tres a misa y después me puse a escribir una larga carta a mamá Enriqueta relatándole como había pasado la navidad y deseando para ella todo el bien y la felicidad posibles: *Cuando sea periodista, tú no trabajarás más y yo pondré para ti una sirvienta que se encargue de nuestra casa, y te llevaré de*

*viaje donde deseas, pues ya pude apreciar cuanto te agradan los viajes...* escribí y Dios me ha permitido cumplir a mi madre cabalmente mi promesa

Me quedé con los abuelos hasta el seis de enero, ayudando al animoso anciano en las múltiples faenas consecuentes de su recortada propiedad. Luego regresé al colegio, espionando a cada minuto la llegada de Chava quién por lo visto se había quedado muy contento con sus tíos.

Enero hizo de las suyas. Era pleno invierno y el amanecer se levantaba tarde, aunque no se asomaba la menor esperanza de que el día aclarara, y desde temprano, cuando ni siquiera habían calentado a la tierra los primeros rayos del sol recrudecía el frío de la madrugada y amenazaba la lluvia dominando la más remota tendencia calurosa. Cuando no caía agua nieve, se gestaba un aguacero imprevisible sin que fuera posible pronosticar cuando pararía. El hermano Federico que de vez en cuando nos leía a la hora de la comida algún pasaje del Antiguo Testamento, aseguraba que ni Noé o sus elegidos, pudieron haber imaginado como habría sido el famoso diluvio en tierra veracruzana; y el sábado que como era mi costumbre fui a pasarla al *Herradero* encontré que el río que cruzaba el predio estaba opaco y sombrío.

Tan severo clima justificaba plenamente el nombre de *Pluviosilla* que el insigne novelista había adjudicado a Orizaba, cuyas calles se tornaron lodosas, en tanto que los faroles incapaces de dar suficiente luz las volvió sombrías, luego, los zaguanes atrancados, las ventanas con sus persianas corridas, las tiendas e iglesias cerradas desde temprano y sospeché que hasta el único billar o las cantinas debían encontrarse desiertas, heladas, pusieron un luto que volvió deprimente a la población que tiritaba envuelta en un sudario de melancolía, y cuya tristeza apenas se interrumpía a la mitad de la noche, cuando el tren nocturno de pasajeros se detenía unos minutos en la estación medio desierta, antes de continuar su recorrido hasta la costa donde seguramente habría de gozarse de un tiempo mucho más benigno.

En los alrededores sucedía lo mismo, tal si la naturaleza caprichosa que en primavera mostraba sus hermosos tesoros: laderas cubiertas de verdura, ríos cristalinos, flores abiertas temblando en los valles o a las orillas de lagunas y riachuelos, cielos despejados profundamente azules, tibios atardeceres anaranjados, y auroras color perla; de pronto, los guardara en algún invisible lugar durante la estación invernal, ocultando hasta la lejana franja azul que como un cordón de turquesas se divisaba en el horizonte, allá donde se confundían el cielo y el todavía lejano mar, y aún la luna, que en verano se paseaba temprano en las mañanas, por el firmamento lácteo reacia a esconderse; en este mes de luto, con la neblina rozando las banquetas, ni siquiera se asomaba un poco para consolar a los enfermos de amor... entonces me parecía que esa naturaleza pródiga, se asemejaba a los decorados del Teatro De La Llave que cuidadosamente doblados se guardan hasta el día en que libres de polvo vuelven a lucir en el escenario iluminado en una función espléndida... y yo suspiraba por el retorno de esa primavera renovada, en la que seguramente podría retornar a la casa de mi amigo y ver así fuera unos escasos minutos, a la dueña de mis tristezas y alegrías, de mi devoción y de mis sueños imposibles.

En esas horas solitarias y friolentas, en los que no me decidía a usar la bufanda tejida con las manos adorables de mi amada, descubrí, a temprana edad, que la vida se compone de muchos días de soledad, de infortunio, de amargura; y sólo nos concede de vez en cuando unos minutos de placer. Y supe lo que es el hambre, no el hambre de pan, sino de amor, no la que se sacia en el estómago, sino en los ojos, no en el cuerpo sino en el alma. Y supe que el amor no sólo puede ser la ilusión rosada, sino el cilicio opresivo, como debía ser la clausura de un religioso sin vocación.

En el colegio empezaron a conminarnos a estudiar duro para enfrentar la secundaria. Las clases empezaban en los primeros días de febrero y se habían fijado en los tableros las materias correspondientes a cada grado así como los maestros asignados para impartirlas.

Adiós a las amables condescendencias de la señorita Eugenia, ahora el maestro de cada asignatura iba a exigir trabajos para poder acreditar al examen, y reprobado tres materias significaba repetir el año. Comprendí que era hora de regresar del país de los sueños y cumplir con mi único deber que consistía en estudiar, correspondiendo así al esfuerzo de mi madre.

En los últimos días del mes recibí una postal de Chava con una vista de Jalapa desde un promontorio, en ella me informaba estarla pasando muy bien en la casa de sus tíos quienes lo invitaron a cursar allá la secundaria, palidecí ante la idea de quedarme sin amigo, pero él me aclaró que por nada del mundo abandonaría su hogar y me anunció que pronto retornaría.

Los últimos días de enero los pasé ansioso y el día de mi salida, opté por ir a su casa a buscarlo, aunque debo reconocer honradamente que era por ver a mi adorada.

-Buenos días –saludé amablemente a la sirvienta- ¿No está Chava?

-No ha llegado todavía, pero pasa –respondió la empleada.

Al escuchar mi voz salió la señora Leo quien me abrazó asegurándome que en cualquier momento regresaría mi amigo. Verla me reconfortó, pensando que por esos minutos valdría la pena vivir, aunque debiera pasar frío y soledad en el internado. Su amable conversación me retuvo un buen rato y no me dejó salir hasta no haber saboreado la mermelada de durazno que ella misma preparaba y después de servirme una porción abundante, llenó un tarro con la golosina para que la consumiera en casa de mis abuelos. Salí encantado, y en el camino hacia *El Herradero*, yo pensaba, que si acaso Dios sonríe será a través de los labios de una mujer.

-14-

Chava regresó justo el día que iniciaron las clases. Por lo pronto tendríamos seis profesores, los cuales se repartirían las diez materias que integraban el curso. El señor Austreberto Ramírez impartiría Matemáticas, y Física, la maestra Rubí Millán Biología, la señorita Emma Inglés y la señorita María Luisa Español, Geografía e Historia, el horario se prolongaría siete horas y habían sido suprimidas las clases de religión

Chava y yo tomamos el estudio en serio y los sábados y domingos en lugar de pasarla jugando en *El Herradero* nos dedicamos a repasar textos, apuntes y a realizar los trabajos que solicitaban los mentores, y sólo cuando habíamos concluido nuestros deberes dábamos un breve paseo por el campo.

Algunas veces cuando yo iba solo gustaba recostarme sobre la hierba para pensar en Leonor, quedándome absorto hasta que el crepúsculo se hundía e iban apareciendo las primeras luces del anochecer, entonces el abuelo Agapito, quien suponía que me había quedado dormido venía en mi busca, anunciándome que me estaban esperando para cenar. Yo me levantaba perezoso, enojado de que el buen anciano me apartara de mis cavilaciones, por más que la lógica me gritaba que me había entregado a un ideal prohibido, sin tino y lo que era peor, sin porvenir, entonces me preguntaba si por ello acaso era menos maravilloso, y conciente de aquella locura que no me abandonaba nunca, me prometía que aunque jamás habría de lograr otra cosa que no fuera la amistad o el afecto casi maternal que ella me profesaba, tarde o temprano,

así pasaran cien años, un día le confesaría que la adoraba; y me enorgullecía de guardar sin arredrarme, para mí solo los impulsos de mi corazón.

Como buen estudiante consulté libros, resolví cuestionarios, hice ejercicios, y repetí de memoria definiciones. Los meses se fueron resbalando, mientras sin sentirlo se efectuaba a la vez ese trastocar de mi personalidad que me alejaba velozmente de la niñez para situarme en esa edad conflictiva en la que la travesura hormonal incide en el carácter, volviéndonos inestables, nerviosos, sensibles, rebeldes y a la que los psicólogos han etiquetado como adolescencia.

Pero ni mi cambio de vida, ni la transformación física consiguieron borrar un ápice mi devoción por la señora Leo, y hasta me pareció que cada hora la amaba más que la anterior, y que para mí satisfacción continuaba siendo cada día el muchacho soñador, que aunque un tanto rejejo a los estudios serios, se volvía en cambio más sensible a la belleza, aquella belleza de la que ella era el máximo exponente, entonces yo sentía que aquel amor imposible en lugar de estorbarme me ennoblecía, haciéndome sentir hombre y hasta llegué a amar aquella vida monótona de estudiante enclaustrado, sin otra libertad que la de acudir cada sábado al rincón de los viejos cuyo cariño me llegaba a conmover.

A veces pasaba por Chava y veía por unos instantes a la señora Leo quién apenas se apercibía que estaba yo en la puerta, acudía presurosa a pedirme que entrara; entonces poniendo calma en sus palabras, mientras la ternura le bullía en los ojos, me preguntaba por las clases, y por los maestros, repitiéndome que si alguna vez me sentía solo o enfermo, no dudara ni un momento en venir a su casa, donde la encontraría siempre dispuesta a ayudarme. Luego me preguntaba por mis compañeros y yo le respondía que me llevaba bien con todos, pero que mi único amigo era Chava a quién quería como un hermano, semejante declaración me hacía ganar en su simpatía y yo me quedaba prisionero de sus ojos que decían más que las palabras. Luego se presentaba Chava trayendo consigo libros y cuadernos y en veces un balón, los patines y hasta las raquetas del tenis, entonces me despedía y me quedaba viéndola largamente cómo si pretendiera absorber en una mirada el bien ansiado, otras, inesperadamente se tocaban nuestros cuerpos y en más de una ocasión en que me acercaba una bebida o una rebanada del pastel en cuya hechura se lucía la hábil repostera, yo veía casi con envidia los objetos que ella había tocado, así se tratara de un vaso, una cuchara o un plato, y ya se supondrá cuanto envidiaba las teclas del piano donde se posaban aquellos dedos alargados hechos para la caricia, y me parecía que la señora Leo disfrutaba intensamente el don de ser mujer y bonita.

Luego Chava y yo salíamos en busca de aire y de campo, de libertad y alegría, éramos dos muchachos ávidos de correr aventuras, de dar voces, subir y bajar lomas y mojarlos los pies en los arroyos.

Más tarde, cuando me encontraba solo, yo disfrutaba mi placer personal, que consistía en esconderme, encerrado en la penumbra de mi cuarto que por suerte seguía habitando sin compañero, para contemplar la fotografía que nos tomaron la noche de navidad, en la que ella aparecía con el vestido floreado que lució con el donaire de una princesa. A ese retrato yo le compuse, entre traducciones, ecuaciones, y fórmulas, una apasionada poesía que recitaba en voz alta trémulo de emoción, cuando estaba seguro de que nadie pudiera escucharme, poniéndome a punto de correr las lágrimas. Y sentía que mi amor, aquel sublime amor, alumbraba mi espíritu que se dejaba invadir por su luz, envolviéndome en una especie de encantamiento del que con gran trabajo me apartaban las materias áridas, insulsas, que según yo, no me iban a servir de gran cosa en la vida, porque mi verdadera y única vocación consistía en amarla, y solamente queriéndola daba por bien empleada la vida.

Una vez nos encontramos en la calle. El viento había ahuecado su vestido ciñéndolo a su cuerpo y dibujando sus líneas, yo me acerqué a saludarla. Bandadas de pájaros volaban sobre nuestras cabezas y luego se dispersaban o se iban a posar en las torres o tejados. Me saludó con la amabilidad de siempre, y noté que llevaba las manos frías, aunque en sus ojos campeaba aquella cálida ensoñación que los volvía sublimes; al acercarse puso sobre mi mejilla el consabido beso y yo creí que sus labios me quemaban. Con delicado tono me preguntó a donde me dirigía y yo le contesté que a la nevería en pos de una bola de helado y que me agradaría invitarla, aceptó risueña y con el regocijo de una niña, me permitió invitarle el vasito de nieve que degustamos los dos sonriéndonos, yo por el placer de verla y ella tal vez por el gusto de la golosina.

Meses después, y por el tiempo que todavía me quedé en Orizaba, yo pasaba frente a la tienda de helados para recordar, que aquellos pies divinos habían hollado esa calle, y que ella, la inolvidable, la única, había compartido conmigo, por la primera y única vez, un vasito de helado, una mañana de domingo.

-15-

Los meses trascurrieron volando y en un abrir y cerrar de ojos, Chava y yo concluimos el primer año de secundaria, y más tarde, cual un disco que se repite, el segundo.

Había terminado por acostumbrarme a la tranquila y ordenada vida del internado y en cuanto a los estudios ni mi amigo ni yo presentamos jamás un examen extraordinario, y en cambio conseguimos en algunas asignaturas obtener la mención honorífica que el padre Núñez acostumbraba acreditar con un diploma.

También reconozco que me habitué al clima de Orizaba y a la neblina que con frío y lluvia cubría a la ciudad algunos días del año, a no tener más distracción que pasar los fines de cada semana en *El Herradero*, al lado de mis abuelos quienes estaban más cansados y enfermos aunque siempre atentos para ayudarme en cuanto podían, y pudieron mucho, porque me fui estirando al grado de que la ropa me quedaba corta y cuando ya no era posible sacarle un dobladillo, había que reemplazarla por otra nueva.

Mamá Enriqueta me visitaba cada cinco o seis meses y yo la encontraba cada vez más animada y dispuesta, en el último viaje me comentó que había sido nombrada jefa del departamento, lo cual significaba recibir además un bono trimestral aparte de su sueldo.

-Estoy ahorrando para tu carrera -me anunció sonriente- aún hay un largo camino por recorrer, pues te esperan dos años de preparatoria y cuatro más de la profesional.

Le expuse mi proyecto de conseguirme un trabajo de medio tiempo, lo que me permitiría obtener un ingreso y no ser una pesada carga para ella, pero por toda respuesta recibí un ¡Ya veremos!

El último año me esforcé por obtener las mejores notas, pensando que ello me ayudaría a ingresar a la universidad estatal, evitándole así a mi madre el tener que sufragar el pago de colegiaturas en una institución particular.

Como se hizo costumbre, pasaba las fiestas en casa de Chava, celebrando en tan grata compañía las navidades, el año nuevo, y los cumpleaños de todos.

Mamá Enriqueta me llevó en unas vacaciones a conocer Puebla, y en el año siguiente recorrimos la costa esmeralda de Veracruz y fuimos a parar a Tecolutla, cuyas playas de arena blanquísima las gocé en cada día de nuestra estancia, entonces tornaba con un regalo para la señora Leonor y otro para Chava.

Por su parte mi amigo me invitó a Jalapa donde sus tíos me colmaron de atenciones. Aquel vergel veracruzano rodeado de una perenne verdura, con sus bien conservados edificios y el alto nivel cultural de sus habitantes me fascinó.

Seguí frecuentando a la señora Leo ya que por una u otra razón era invitado a comer a su casa una o dos veces al mes, en esas ocasiones ella me trataba con el cariño de siempre.

Cuando mi madre venía a verme apenas había bajado del tren y abrazado a los abuelos, corría a saludar a la que dio por llamar mi protectora.

Un día Chava empezó a motivarse con el bello sexo e inició amistad con algunas chiquillas de nuestra edad, yo complaciente le seguí el juego, pero si él se empeñó en conseguir novia, yo no pasé de tener amigas, que aunque trataba con cortesía, estaban muy lejos de interesarme, por más que mi amigo insistía que le había gustado a una jovencita de nombre Marcela, quién me invitó poco después de conocerla a ser su chambelán el día que con un gran festejo, sus papás iban a celebrar sus quince años, no pude excusarme y me presté a ensayar el dichoso vals. La señora Leo quién me conocía demasiado me halló desmotivado, y antes de que me insinuara si me gustaría tener una novia, tuve que confesarle que yo tomaba el amor como algo muy serio y que si bien gustaba de tener amigas, prefería no contraer ningún compromiso, por muy informal que pudiera ser a nuestra edad. Mi respuesta la dejó pensativa. ¡Cuánto hubiera deseado decirle que jamás la traicionaría! Y que el sólo hecho de pensarlo me haría despreciarme, pero debí callar y ella nunca más volvió a insistir, y yo seguí comportándome con cortesía y amabilidad con las muchachas pero limitándome a tratarlas superficialmente, lo cual les despertaba una cierta curiosidad que las atraía.

Cumplí con mi compromiso con Marcela lo mejor que pude, pero me aburrí en la fiesta al grado de que pretextando dolor de cabeza me excusé y me fui a refugiarme a media noche al *Herradero* para continuar soñando con el retrato de Leonor al que no me cansaba de estrechar vehementemente, por más que debí mojarlo más de alguna vez con las lágrimas de la desesperanza.

Leo era mi novia espiritual, respetada como a la misma Virgen, adorada hasta el delirio, admirada como ninguna, venerando todo cuanto se reunía en ella: la esposa intachable, la madre abnegada y para mí, la amiga siempre dulce y generosa, dispuesta a acogerme con una voluntad que jamás menguó ni un adarme.

¿Qué otra cosa que no fuera mi lealtad podía ofrecerle? ¿Qué homenaje que no fuera respetuoso podría atreverme a tributarle? ¡Ella era mi musa, mi guía, mi razón de vivir, y yo agradecido la encomendaba a Dios rogándole que nunca permitiera que sufriera! ¡Y Dios ha escuchado mi ruego! Porque se ha conservado intacta, sin padecer enfermedades graves, ni tener que enfrentar problemas mayores, Don Alejandro ha sido siempre un buen marido y en cuanto a Chava, jamás se ha apartado de su madre, y su domicilio se encuentra a solo unos pasos del hogar materno.

En esos tres años, sufrí, gocé, medité, imploré a Dios, y El quién me había permitido conocer el amor prohibido demasiado temprano, me fue concediendo paulatinamente la paz y la resignación, haciéndome aprender, en mi corta edad, que lo importante no consiste en ser amado sino en saber amar, y no amar llorando sino amar con gozo, sin aguardar ninguna recompensa, porque las flores más bellas, las que proliferan en los jardines de Fortín, no esperan nada y sin embargo ofrecen su perfume, sus colores, su hermosura... como el sol y las estrellas dan su luz, derrotando a la oscuridad, sin esperar ni recibir ningún pago... porque nuestra recompensa está en saber que somos capaces de dar amor, aunque este sea como el mío, el amor que no se pronuncia, pero que se expresa en las miradas, en las pequeñas atenciones, en los mínimos detalles, los que jamás pasan desapercibidos para una mujer sensible; y Leonor lo era y lo seguirá siendo mientras viva, tan sensible que nunca dejó de apreciar la inmensa devoción, el respeto, el cariño que en sesenta y cinco años de mi vida jamás he dejado de manifestarle.

Llegó el día. Y fue uno de los más tristes de mi vida, tal si el destino se hubiera querido cobrar en un solo pagaré, las horas inolvidables en que las alas rosadas de la ilusión cobijaron la insaciable premura de verla, así fuera por unos cuantos minutos, cuando con cualquier pretexto me aparecía en busca de Chava y ella me hacía pasar a su casa donde encontraba sonrisas, afecto y comida.

Pero la felicidad es transitoria, y en algún día del mes de noviembre, cuando ya habían pasado las celebraciones de Todos Santos y Fieles Difuntos, se nos entregó en una ceremonia el certificado que nos acreditaba haber concluido la secundaria.

Esta vez mi madre vino de México y satisfecha me otorgó una calurosa felicitación, a su lado la señora Leo también abrazaba a su hijo y seguidamente, tras de abrazarme y dejarme el beso en la mejilla me deseó mucha suerte y como estaba previsto que ese mismo día iba a volver con mi madre a la ciudad de México, entre un susurro añadió: ¡No te olvides de Orizaba y de nosotros!

¿Olvidarla? ¿Cómo habría podido olvidarla? Ella representaba todo lo que más había llegado a amar; y aunque yo no supe responderle en el momento, las lágrimas que me brotaron escurriéndose por las mejillas fueron la más elocuente respuesta.

De aquel día, aunque borrosos, todavía danzan en mi memoria muchos recuerdos; entre otros, tal si lo estuviera viviendo me parece escuchar al padre Núñez palmeándome la espalda y conminándome a no abdicar bajo ninguna circunstancia los principios cristianos que había recogido y practicado en el Liceo.

-Te aguarda un gran futuro –me aseguró- y si el Señor lo permite, te vas a convertir en eso que anhelas llegar a ser: ¡Un renombrado periodista! Pero sé ante todo un aguerrido defensor de la verdad y del derecho de los más débiles.

La despedida de nuestras amigas fue muy alegre y Marcela me besó muy cariñosa.

A su vez el hermano Federico quién terminó por dispensarme su estimación me deseó que se realizaran todos mis deseos. No faltaron tampoco los parabienes de algunos maestros y mis abuelitos proclamaron que se sentían orgullosos de mí.

Como era la costumbre fuimos a celebrar el grato acontecimiento al domicilio de Chava quién me dio un fuerte abrazo, y Don Alejandro pronunció un brindis a salud de los muchachos *que han comenzado a volverse hombres y hoy se alejan del hogar que los ha visto nacer*. Y es que a su vez Salvador partía a Jalapa para inscribirse en la Universidad Veracruzana. Tal vez por la partida de ambos la comida abundó en largos silencios, no obstante mi madre encontró oportunidad para agradecer al amable matrimonio y a su hijo, el apoyo y cariño con que me habían distinguido durante cuatro años.

-Hay deudas impagables, imposibles de ser correspondidas con otro sentimiento que no sea el de la eterna gratitud –dijo mamá Enriqueta- y ustedes estarán en mis oraciones mientras yo viva, y estoy segura de que mi hijo hará otro tanto.

La señora Leo aunque alegre como de costumbre, resentía seguramente que había llegado el momento de tener que desprenderse de su hijo, pero mi buen Chava, quién adoraba a su madre y a su tierra, daba de antemano por descontado que el distanciamiento sería temporal, pues estaba cierto de que en ninguna otra parte del mundo se encontraría más feliz que en su Orizaba, predilección que ha probado, estableciéndose a vivir allí, donde encontró a la compañera de su vida y ha disfrutado un matrimonio feliz.

Aquella vez nos retiramos temprano. Yo debía recoger mi equipaje en la escuela y además deseábamos despedirnos de los abuelos y darles las gracias por cuanto habían hecho por mí y por su hija.

A su vez la señora Leo y su esposo se ocupaban de preparar todo cuanto pudiera necesitar su vástago, ya que con sólo unas horas de diferencia él partiría a Veracruz y yo a México.

Mi tren llegaba a las once la noche y el de Chava casi a las tres de la mañana, del día siguiente.

Mis abuelos, mamá Enriqueta y yo nos presentamos en la estación media hora antes, poco después llegó mi amigo sonriendo.

-*Manito*, no dejes de escribirme y cuando tengas vacaciones te vienes a Jalapa conmigo, ya sabes que mis tíos te aprecian mucho.

-Lo mismo te invitamos nosotros –terció mamá Enriqueta- nos encantará tenerte y haremos planes para se diviertan... por más que presiento que Edmundo te va a extrañar mucho.

Yo estaba pálido, un sudor frío me corría por la frente, empapándome la espalda. Ya no vería más a mi adorada y acaso la escueta despedida allá en su casa rubricaba cuatro años de inquietud. Por un momento pensé que era mejor así, ahorrándome el último adiós que no haría otra cosa que aumentar la desesperación que a duras penas intentaba ocultar a todo el mundo.

La hora se fue acercando y aunque todavía distante se escuchó el pitido agudo del tren anunciando su entrada a los andenes, percibiéndose la estela que presagiaba su trepidación.

En ese momento llegó Leonor, acompañada de su esposo.

Entonces todo se condensó en unos pocos minutos. El movimiento de los pasajeros que con grandes voces entraban y salían, mi abultado equipaje que un mozo del andén trepó en el vagón, las risas nerviosas, los adioses de algunos condiscípulos que habían acudido a despedirnos, las lágrimas de los abuelos, y luego, el último abrazo de la señora Leo cuando daban el tercer campanillazo y la locomotora eléctrica se disponía a jalar su prole de vagones iluminados, por la abrupta serranía.

-Adiós Eduardito –exclamó emocionada y me volvió a decir- ¡No te olvides de nosotros!

Esta ocasión, con la voz ahogada por los sollozos, sin poder contenerme respondí:

-No me diga adiós ¡Volveré! ¡Volveré!

Y subí al vagón cuando ya el tren había iniciado su marcha.

Entonces las amadas figuras de los abuelos, de Chava, de Don Alejandro y de la señora Leo se fueron achicando, haciéndose minúsculas hasta que terminaron por perderse, un fuerte sollozo me traicionó y disimulando lo mejor que pude empecé a acomodar el equipaje en los compartimientos superiores del vagón. Mi madre se sentó a mi lado intentando serenarme.

-Calma hijo, calma. Tus amigos no están muertos, y podrás venir a verlos cuando quieras.

-Pero...

-Es mejor así.

-¿Mejor? –repetí yo. ¡Voy a extrañarlos tanto!

-Seguramente que será así, pero ya se irán secando las lágrimas.

-¿Tú crees?

-Como se han tenido que secar las mías.

-Pero... -balbucee sin saber que contestar.

-¡Te llegará la conformidad! –insistió mamá Enriqueta.

Desconcertado exclamé:

-¡Tú no sabes!...

-Nada hay oculto a los ojos de Dios ni al corazón de una madre.

Me puse rojo de vergüenza, mamá Enriqueta había descubierto mi secreto.

El tren atravesaba los precipicios más negros y profundos y yo hubiera preferido arrojarme en ellos y morir.

-17-

Al atardecer acompañado de Chava fuimos a ver lo que aún quedaba de *El Herradero* después de la muerte de mis abuelos, acaecida con algunos meses de diferencia entre uno y otro deceso, y que hoy descansaban en el Panteón Municipal, en cuyas tumbas fui a orar por el eterno descanso de sus almas. Mamá Enriqueta, la única heredera vendió la propiedad mientras yo cumplía mi obligación reportando en un frente de guerra. Me dio gusto constatar a través del cercado que todavía se seguía cultivando café, aunque la vivienda paterna había sido derribada y en alguna parte del predio se sembraban hortalizas.

Al retornar a la residencia de mis amigos, Don Alejandro y algunos de mis antiguos condiscípulos me estaban aguardando, y sus rostros aunque familiares me fue difícil asociarlos con sus nombres, también saludé a Marcela convertida en madre de tres hijos, quienes a su vez la habían rodeado de nietos.

Chava me presentó a su esposa Isabel, nacida en Huatusco, licenciada en Administración de Empresas y mamá de Clara, una joven estudiante de Psicología.

No habían pasado en balde tantos años, y después de los consabidos saludos y una amena charla los visitantes se fueron despidiendo, no sin antes asegurarme que les había dado gusto verme.

A las nueve de la noche nos habíamos quedado solos la familia de Salvador y yo.

Don Alejandro cuya memoria me sorprendió pese a su avanzada edad, me recordó muchos sucesos en mi vida de estudiante de los que me había olvidado por completo.

Entre tanto la señora Leo, su nuera y la sirvienta, se afanaban en preparar los platillos, que según recordaba mi protectora, eran mis predilectos, y cuando conseguimos que se decidiera abandonar la cocina, después de unos minutos se apareció nada menos que ataviada con aquel sedoso vestido, que lució una navidad de hacía cinco décadas, y que aunque hoy aunque completamente pasado de moda, no solamente se plegaba a su cuerpo actual, sino que la engalanaba al grado de despertarnos admiración.

-¿Recuerdas como me alabaste este vestido? –Me preguntó.

-¡Claro que me acuerdo! -Asentí con entusiasmo- y me parece extraordinario que lo haya conservado intacto tanto tiempo.

-Mamá se retrató portándolo alguna vez, y tú posaste a su lado. -Terció Chava.

-Y yo conservo la fotografía, que luce en un cuadro sobre mi escritorio.

-Eso quiere decir que no se ha olvidado de nosotros –afirmó Don Alejandro.

-Nunca señor, y a no dudarlo, sepa usted que siempre le reconoceré agradecido por su generosidad al haberme franqueado su casa.

-¿Cómo no habría de recibirte? Si más que amigo eras el hermano de mi hijo.

-Y lo sigo siendo –afirmé.

-Le creo. Aunque después de haber recorrido medio mundo, lo más factible es que te hubieras olvidado de este pueblo.

-No Don Alejandro, porque en este pueblo como usted llama a Orizaba, yo aprendí a apreciar el calor de hogar y de patria. Y aunque el destino me llevó a vivir en la metrópoli, nunca he vuelto a encontrar el afecto que ustedes me dispensaron, y no dude usted, que antes de irme, pida a los míos, que mis cenizas sean depositadas aquí, en este rincón de Veracruz, en el que me hice hombre.

Chava interrumpió con su habitual alegría mi perorata sentimental.

-Pues entonces di salud –dijo levantando su vaso lleno de ron, coca-cola y hielos y dirigiéndose a los suyos añadió: -¡Salud por el *manito*!

Los brindis se repitieron y a las once y media de la noche Don Alejandro solicitó permiso de retirarse, pues las copas y la cena lo convidaban a la cama, me volvió a abrazar al despedirse repitiéndome que nos veríamos al día siguiente.

A su vez Isabel se levantó de la mesa, excusándose pues su hija seguramente ya habría regresado de su clase. Chava me invitó a conocer su casa al siguiente día.

-Voy a dejar a Isabel –explicó- y regreso en cinco minutos, vivo sólo a cincuenta pasos de aquí.

Nos quedamos solos la señora Leo y yo.

-Tardaste mucho en volver –dijo ella, pero en su voz no se asomaba ningún reproche- Siempre te esperaba por navidad, pero sólo recibíamos una postal o unas letras tuyas, y yo desilusionada me quitaba este vestido con el que tanto te gustaba verme, luego, veía el matasellos y pensaba que estabas muy lejos, otros años supuse que en una fecha tan señalada debías pasarla con tu esposa y tus compañeros y amigos en la ciudad de México, y me consolaba leyendo una y cien veces tus cartas, imaginándome por las postales como serían los lugares desde nos escribías.

-Pero aunque ausente, nunca he dejado de estar cada navidad en esta casa, porque desde el sitio de mi trabajo o de mi hogar, mi espíritu volaba hasta aquí y se posaba sobre esta misma silla que tantas veces ocupé frente a usted, a quién devoraba con los ojos, consumido de amor ¡De ese inmenso amor que le he guardado todos los días de mi vida! y con el que seguramente habré de morirme, porque nunca, escúchelo bien, he dejado de amarla, como la adoré en aquellos tiempos con un cariño tan respetuoso y puro, que nunca he llegado a sentir por nadie, y que prohibido, inviolable, callado, guardé en el fondo de mi corazón como la más sagrada prenda. Y cada año yo hacía el propósito de venir a gritarlo, a decirle que la he seguido queriendo, aunque ese amor, mi único y verdadero amor fuera imposible.

La señora Leo me escuchó tranquila, luego clavándome los ojos aguanosos declaró:

-Yo también te quería, en la medida que ese amor era permitido. Tú eras un muchachito todo sentimiento, todos ojos que me miraban enormes, abiertos, como si pasaras perpetuamente asombrado de lo que yo era.

-Su imagen continua nítida en mi memoria.

-¿Aunque los años nos hagan parecer diferentes?

-Yo también debo parecer diferente, aunque en lo íntimo sigo siendo el mismo de siempre.

-¿No te importan entonces mis canas, mis arrugas, la decrepitud?

-¿Porqué habría de importarme? Si sus manos, su voz, sus ojos, siguen siendo los mismos que despertaron aquel enamoramiento que desveló mis noches frías y tristes allá en el internado, que me turbó cuando intentaba concentrarme y estudiar, que me dio las inmensas alegrías, las únicas, las verdaderas: cuando ponía los pies en el umbral de esta casa y la veía... y hubiera dado entonces la mitad de mi vida por poderla decir como ahora, que la amaba, con otra clase de amor del afecto que usted me concedía...

-Eduardito. ¡Mi niño! No hay clases de amor, hay uno sólo. Y yo que adiviné tus sentimientos también te he amado cuanto podía.

## EPILOGO

Todavía me quedé un par de días más en Orizaba disfrutando la amistad de mis seres queridos.

Un lunes me dispuse a retornar a mi trabajo y a mi hogar.

Había simpatizado con Isabel y con Clara, la hija de aquel matrimonio, cuya dicha, era el premio que el hombre noble, íntegro, leal que era mi amigo, excelente esposo y padre, merecía y disfrutaba plenamente.

Aquella mañana me despedí de Don Alejandro y de la señora Leo.

Fue una agradable despedida, sin tristeza ni melancolía.

Leonor y yo sabíamos que siempre estaríamos juntos y unidos por el espíritu, y que la distancia geográfica no nos separaría jamás.

Chava aceptó venir a México con su familia, y yo emprendí tranquilo el viaje de retorno.

En el camino mientras conducía, me volvió a asaltar la idea de que el amor a veces puede parecer ridículo, tal había sido mi pasión de adolescente por una mujer mucho mayor, casada y madre de mi único amigo; igualmente así resultaba la tardía declaración de un adulto de sesenta y cinco años para una anciana que sin duda rebasaba los ochenta, pero las palabras de Leonor, me borraron semejante idea.

No había muchas clases de amor, ni el alocado de un chiquillo, ni el tardío de un anciano. El amor era sólo eso: ¡Amor!

Había empezado a descender de las cumbres de Acultzingo. El valle colosal rodeaba una vasta llanura sobre la que el sol derramaba generoso la luz, el calor y la vida. Entonces comprendí que aquel astro, aquel cielo, aquella tierra, eran la suprema obra de un gran amor ¡El inmenso, el infinito amor de Dios por sus criaturas! Y que nuestro amor, ese amor que santifica nuestras existencias, era sólo la ínfima partícula desprendida de aquel primer amor...